

CIUDAD Y CENTRO CEREMONIAL EL RETO CONCEPTUAL DEL URBANISMO ANDINO

Krzysztof Makowski¹

1. Introducción
2. El debate sobre el hipotético urbanismo precerámico en el Norte Chico
3. Las teorías y los modelos relativos a la ciudad en los Andes
4. ¿Urbanismo o urbanismos?: la universalidad de modelos procesuales en tela de juicio
5. Las particularidades del urbanismo andino
6. Pachacamac y el urbanismo inca en el valle de Lurín
7. Conclusiones: el urbanismo andino como sistema «antiurbano»

Palabras clave:

Urbanismo comparado, Perú prehispánico, arquitectura precolombina —formas y funciones, civilización andina —orígenes y desarrollo, centro ceremonial, ciudad andina, patrón de asentamiento andino

1. Introducción

Los descubrimientos de las últimas décadas del siglo pasado han puesto en tela de juicio el valor universal de los modelos procesuales clásicos del desarrollo urbano, fundamentados por los estudios pioneros de patrones de asentamientos en las cuencas bajas de los ríos Éufrates, Tigris y Kharun, por un lado, y en la planicie mexicana, por el otro (Marcus y Sabloff [eds.] 2008). Los Andes Centrales proporcionan una perspectiva particularmente cómoda para evaluar los alcances del debate, debido a las características únicas del urbanismo *sensu lato* que se desarrolla en el Perú prehispánico y la sorprendente precocidad de sus orígenes en el primer milenio de la vida plenamente sedentaria, aún sin conocimiento de cerámica, desde la segunda mitad del cuarto milenio a.C. El propósito de este artículo es definir al urbanismo andino en su

¹ Pontificia Universidad Católica del Perú, departamento de Humanidades, sección de Arqueología.

Dirección: Av. Universitaria 1801, San Miguel, Lima, Perú.

Correo electrónico: kmakows@pucp.edu.pe; <http://valledepachacamac.com/>

contexto tecnológico y social propio, así como demostrar que sus principios rectores se oponen en varios aspectos a las características esenciales del sistema urbano, tal como este se manifiesta en Mesopotamia o en el área de interacción de Teotihuacan. Para este fin se evaluarán los alcances de la discusión sobre la arquitectura monumental pública en el Período Precerámico Tardío, y luego se revisarán las aproximaciones teóricas subyacentes en el debate. El análisis comparativo de las características de asentamientos considerados urbanos en los Andes Centrales, con el énfasis en las expresiones del urbanismo inca en el valle de Lurín, servirá de sustento para fundamentar la apreciación general que resumimos a continuación.

En la opinión del autor, el urbanismo andino se ha desarrollado en un contexto tecnológico completamente diferente de los demás urbanismos de la Antigüedad: sin medios de transporte de grandes volúmenes de bienes por mar, por la vía fluvial o la vía terrestre (salvo caravanas de camélidos); sin animales de tiro y sin herramientas que pudieran remplazar la fuerza de brazos humanos en el trabajo agrícola como el arado; y sin guerras tecnológicamente sofisticadas por el uso del arco, ballesta, maquinas de asedio, armas ofensivas y defensivas de bronce y hierro, así como de algún tipo de caballería. Además, su desarrollo tuvo por escenario un medioambiente desértico y agreste, que dificulta tanto la comunicación como la producción agrícola a gran escala. Todas estas características condicionan las tendencias a mantener el patrón disperso de asentamientos residenciales de extensión menor de cuatro hectáreas, con los promedios oscilando alrededor de una hectárea, a lo largo de la secuencia y desde las primeras fases de sedentarización hasta la conquista española. Los asentamientos considerados urbanos por los estudiosos tienen características de centros ceremoniales, incluso cuando se constituyen en capitales políticas y en centros administrativos. Por lo general, carecen de defensas, salvo atalayas y templos fortificados. La arquitectura monumental, tanto la que se concentraba en estos asentamientos como la que fue distribuida a lo largo de caminos y canales de riego, se orientaba a los flujos de mano de obra y de productos, convertía el paisaje profano en un escenario sagrado y otorgaba a los tributos, en trabajo y en productos, el carácter de obligación religiosa. Las preparaciones para la guerra y los intercambios comerciales no escapaban de este marco ceremonial. El paisaje organizado por medio de la arquitectura cumplía, así mismo, el papel del soporte material de la memoria social compartida, un soporte indispensable para una sociedad ágrafa.

2. El debate sobre el hipotético urbanismo precerámico en el Norte Chico

El urbanismo prehispánico es uno de los temas más polémicos en la arqueología de los Andes Centrales, con posiciones discrepantes en cuanto a su concepto, a la cronología

del proceso, a la función de los complejos supuestamente urbanos y a las características del contexto social y económico. Las discrepancias y las contradicciones se han exacerbado aún más en la última década, cuando la sorprendente arquitectura monumental del Período Precerámico Tardío (2700-1800/1500 a.C.) en la costa centro norte del Perú fue re-interpretada por Ruth Shady (Shady 2006; Shady y Leyva [eds.] 2003; Shady *et al.* 2001, 2003) como la evidencia de procesos de nucleación (*nucleation*), característicos para las «revoluciones urbanas» de la prehistoria. Shady (2000) considera que el desarrollo de la agricultura de riego al interior de los valles y de la pesca con redes en las zonas costeras pudo haber condicionado el desarrollo precoz de una civilización urbana en el área de interacción que comprende la costa y la sierra entre los valles de Santa y de Chillón, junto con las cuencas colindantes de la vertiente oriental. El sitio de Caral, conocido antes como Chupacigarro Grande (Burger 1992: 76; Engel 1957, 1987), se hubiera convertido, de acuerdo con el tenor de esta misma hipótesis, en la capital urbana de un estado territorial, cuya organización basada en *hunos*, *sayas* y *pachacas* anticiparía el orden administrativo del Tawantinsuyu (Shady 2000, 2003a, 2003b, 2006).

La hipótesis de Shady se fundamenta, en apariencia, sobre sólidas evidencias empíricas. Hasta la fecha cerca de 40 conjuntos arquitectónicos monumentales precerámicos se han identificado a lo largo de los valles Fortaleza, Pativilca, Supe y Huaura, tanto en el litoral del Océano Pacífico como tierra adentro. Sin duda se trata de sitios cuya extensión y complejidad arquitectónica no fue superada en ninguno de los períodos posteriores. Hasta el presente, muchos de ellos dominan el paisaje semidesértico de las márgenes de los oasis costeros como la única obra del pasado visualmente perceptible. Por otro lado, sus componentes —pirámides aterrazadas, plataformas y plazas circulares hundidas— anticipan, desde el punto de vista formal, a la imponente arquitectura ceremonial de los Períodos Inicial y Horizonte Temprano, de los que constituyen, además, el antecedente inmediato. Más aún, se ha comprobado que la introducción de la cerámica no se relaciona con ningún otro fenómeno cultural de relevancia, de modo que el término cronológico «Período Arcaico Tardío» debería sustituirse por otro que describa mejor el contexto cultural de la época. Una posibilidad podría ser «Formativo Precerámico» (Lumbreras 2006; Makowski 1999). La similitud evidente entre los conjuntos monumentales del Período Precerámico y los centros ceremoniales posteriores como Cahuachi (Figura 1) en el valle de Nazca, a los que algunos investigadores atribuyen características urbanas (vg. Canziani 2009; Rowe 1963), refuerza adicionalmente la hipótesis de Shady. Las diferencias en la extensión entre un sitio precerámico y otro, y la complejidad de la arquitectura pública, brindan, así mismo, el sustento para la aplicación de clásicos modelos jerárquicos en la interpretación de la organización espacial de asentamiento en cada valle. Por consiguiente, Caral como el hipotético centro administrativo primario estaría a la

cabeza de una vasta red de centros secundarios y terciarios, distribuidos en Supe e, incluso, en los valles vecinos.

No obstante, la polémica que se ha desatado acerca de los factores que desencadenaron el proceso y de los contenidos sociales y políticos sociales que están detrás pone en evidencia que la pregunta por si el fenómeno de arquitectura monumental tiene o no características urbanas no resulta operativa y no lleva a respuestas convincentes. Ello se debe a amplias discrepancias en cuanto a lo que puede considerarse justamente como tales características. Dichas discrepancias inducen al alto margen de arbitrariedad en las interpretaciones. Por ende, resulta aconsejable sustituir la pregunta por si los asentamientos son urbanos o no lo son por la de cómo entender las múltiples posibles funciones sociales de la arquitectura pública, incluyendo las dimensiones políticas y religiosas, en el contexto de las primeras fases de la vida sedentaria del Período Arcaico Tardío.

La propuesta de Shady constituye, sin proponérselo, una especie de *reductio ad absurdum* de los planteamientos tradicionales de la arqueología procesual, tanto aquella inspirada por Steward (Steward *et al.* 1955) como la influenciada por el modelo de la revolución urbana de Childe (1974[1950]). En efecto, numerosas preguntas sin respuesta llegan a la mente si se asume como posible el escenario arriba mencionado:

—¿Qué tipo de urbanismo pudo haberse desarrollado en el contexto tecnológico correspondiente a un período formativo (neolítico) precerámico, anterior a la domesticación de camélidos, con una agricultura en el nivel incipiente (Dillehay *et al.* 2004) y sin medios de transporte?

—¿Por qué la tradición arcaica de la arquitectura ceremonial desaparece al inicio del Horizonte Temprano, salvo en algunos centros de la sierra como Chavín de Huántar y Kuntur Wasi (Burger 1992; Onuki [ed.] 1995), y no se registra niveles semejantes del esfuerzo constructivo mancomunado a nivel local hasta la conquista española?

—¿Por qué el patrón de asentamiento del Período Precerámico Tardío, supuestamente urbano, guarda pocas similitudes con el urbanismo que se conoce en la costa norte durante el Horizonte Medio, un período en el que varios estados regionales cuya existencia está fuera de la discusión, *vg.* Moche, Huari, etc., se habrían enfrentado en una lucha por hegemonía?

El tenor del debate sobre el urbanismo precerámico demuestra que se carece de respuestas claras a estas preguntas, así como de consensos. Jonathan Haas y los miembros del Proyecto Norte Chico (Haas *et al.* 2004, 2005; Ruiz *et al.* 2007) consideran que la arquitectura monumental del Período Precerámico es la expresión material de competencia política, no exenta de violencia, entre líderes de las poblaciones costeras,

cuya subsistencia depende de la pesca y marisqueo, y otros de las poblaciones de agricultores tierra-adentro. Estas últimas poblaciones cultivan el algodón, indispensable para la producción de redes y, por lo tanto,preciado por los vecinos del litoral. El conflicto contribuye en afirmar liderazgos locales. No obstante, el desarrollo tecnológico y la densidad demográfica existentes impiden las condiciones para la formación de jefaturas complejas (*complex chiefdom*) y menos para la de estados territoriales. Los asentamientos con la arquitectura pública tuvieron carácter y función de centros ceremoniales.

A medida que avanzan las investigaciones se incrementan las voces críticas en contra de los modelos procesuales arriba mencionados, sobre todo de aquellas que surgen a partir de las lecturas de las evidencias de corte heterárquico. Rafael Vega-Centeno (2008a, 2008b, 2010), a partir de sus excavaciones en el Cerro Lampay y de las prospecciones en el valle de Fortaleza, pone énfasis en el carácter y en la función eminentemente ceremonial de la arquitectura. Hace recordar, así mismo, que los mismos tipos de edificios se repiten tanto en los asentamientos que cuentan con un solo monumento aislado —y que, por lo tanto, no suelen ser catalogados como urbanos— como en los sitios que los tienen varios. El montículo-plataforma con una plaza circular hundida es la forma más recurrente tanto en el valle de Fortaleza como en las otras cuencas del Norte Chico. Los resultados de las excavaciones en el Cerro Lampay coinciden con las de Caral en varios aspectos de importancia primordial. La plataforma se está constituyendo cuando un edificio o su conjunto queda intencionalmente sepultado con rellenos y sellos. Cuando sobre la plataforma se construye otra estructura, la que también puede resultar sepultada intencionalmente, el montículo resultante adopta la forma piramidal. Por otro lado, los recintos abiertos y techados de Cerro Lampay, así como los de Caral, fueron construidos en un esfuerzo mancomunado de grupos compuestos por sus posteriores usuarios y carecen de accesos restringidos; todo lo contrario, aseguran un flujo libre pero ordenado de visitantes.

En Bandurria, Alejandro Chu (2008) demuestra, a su vez, que los asentamientos con la arquitectura monumental precerámica, construidos en la costa por poblaciones cuya subsistencia dependía en buen grado de pesca y de marisqueo, no difieren en complejidad, ni tampoco formalmente de los sitios situados tierra adentro. Ambas investigaciones apuntan a la conclusión de que cada una de las comunidades territoriales solía construir su edificio ceremonial de forma aislada, en el centro del espacio controlado, o a lado de otros edificios similares en el centro ceremonial compartido con los vecinos o aliados. Como bien lo observa Vega-Centeno (2008b: 39), «las diferencias de escala entre estructuras —mínimas en ciertos casos, notables en otras— podrían explicarse de diversas formas: por el número de remodelaciones y ampliaciones experimentadas, como producto de la mayor o menor longevidad de los

edificios, por la escala de grupo comunal involucrado o por distintas contingencias dentro de la trayectoria de dicho grupo. A esto habría que añadir la observación de que varias estructuras de mayor escala en los complejos de Fortaleza han sido construidas sobre montículos naturales, con lo que adquirieron su volumen actual».

Las conclusiones de Vega-Centeno coinciden con las críticas a las que Makowski (2000, 2008a, 2008b) ha sometido la propuesta de Shady (2003a, 2003b, 2006). Caral está descrito y documentado por la investigadora (Shady 2006: 34-48) como un conjunto de agrupaciones de arquitectura pública y residencial diseminadas sobre un área de 66 hectáreas. Las construcciones de forma piramidal y plataformas asociadas a plazas circulares suman 5,27 hectáreas de área construida,² mientras que las estructuras residenciales de élite ocupan 0,08 hectáreas de área construida, según Shady³ (2006; *cf.* Shady *et al.* 2001). Las edificaciones de menor envergadura, en las que las funciones residenciales parecen también combinarse con las ceremoniales, suman no más de tres hectáreas del área construida.⁴ Estas edificaciones se encuentran ubicadas sobre las laderas de los cerros aledaños en la periferia del núcleo monumental. Los 58 hectáreas restantes corresponden a los descampados entre y alrededor de espacios construidos. Las estructuras de Caral se distribuyen en dos grupos ubicados en la cercanía de dos de las siete edificaciones claramente ceremoniales cuyos volúmenes dominan el paisaje. Shady (2006) reconoce que por lo menos parte de los ambientes en las estructuras consideradas de élite tuvieron funciones rituales. Debido a las asociaciones encontradas, y en particular por la limpieza ritual de pisos, queda abierta la interpretación alternativa de estos ambientes como lugares destinados para reuniones festivas y todo tipo de actividades ceremoniales —ayunos, ritos de iniciación y banquetes— las que

² Se han sumado las áreas proporcionadas por Shady (2006: 34-48) para la Gran Pirámide (170,8 por 149,7 metros=25.568,76 metros cuadrados), el Templo del Anfiteatro (157,4 por 81,6 metros=12.843,84 metros cuadrados), la Pirámide de la Galería (71,9 por 68,5=4.925,15 metros cuadrados), la Pirámide Cuadrada (65,67 por 44 metros=2886,4 metros cuadrados), la Pirámide de la Huanca (54 por 52 metros=2.808 metros cuadrados), la Pirámide Menor (49,3 por 43,3=2.160,67 metros cuadrados), la Pirámide Central del Altar Circular (44 por 27 metros=1.188 metros cuadrados) y el Pequeño Templo en el sector N (25,9 por 10,91 metros=282,57 metros cuadrados). El total es de 52.663,39 metros cuadrados.

³ Se han sumado las áreas mencionadas por Shady (2006: 34-48) en el sector I.2 para las estructuras cercanas a la Pirámide de la Huanca (268 metros cuadrados y 158 metros cuadrados) y las tres edificaciones asociadas al Templo del Anfiteatro en el sector L13 (estructura B1 [16 por 12,5 metros=200 metros cuadrados], estructura B2 [10,6 por 7,5 metros= 83,74 metros cuadrados] y estructura B5 [12,6 por 11 metros=138,6 metros cuadrados]). El total es de 848,34 metros cuadrados.

⁴ Shady (2006: 42, 46-47) calcula que la unidad residencial más extensa en el sector A tuvo 20.235,8 metros cuadrados, a lo que se agrega un área menor, en el sector NN2, de 4.987 metros cuadrados. En el alejado sector X hay, por lo menos, una estructura de 300 metros cuadrados. En cualquier caso, el área construida en este sector no parece superar los 3000 metros cuadrados. Adicionalmente, hay lugares con eventos breves de ocupación con arquitectura de materiales perecibles.

requieren de espacios techados, provistos de plataformas y banquetas. Si bien las áreas entre edificios —en particular el área central, llamada «plaza» por Shady (2006: 36)— fueron, seguramente, utilizadas como espacios de comunicación e, incluso, pudieron servir como lugares para la realización de actividades, no hay evidencias de una traza planificada con plazas o avenidas; tampoco hay indicios de que la mayoría de edificios fuera localizada y construida con el mismo proyecto urbanístico. Shady (2006) sugiere lo contrario, pero a partir de un solo argumento no muy convincente: la supuesta división del conjunto en dos mitades, alta y baja, separadas por un accidente geomorfológico, el borde de una terraza fósil. Tampoco está claro qué porcentaje de las construcciones estuvieron en uso simultáneo durante los 1000 años o más de la existencia del centro ceremonial o «ciudad sagrada» planteados por Shady. Obviamente, las características del material lítico no permiten construir cronologías relativas finas. La larga lista de fechas calibradas (Shady 2006: 60, tabla 2.7) sorprende por la posible relación entre el inicio de la construcción de la Gran Pirámide y de la Pirámide Cuadrada, por un lado, y el uso de unidades residenciales en los sectores A e I (pisos de ocupación y áreas de descarte), por el otro. Ambos hechos se podrían situar entre los 2600 y 2500 a.C. (calib.). De hecho, la Gran Pirámide sigue en construcción hasta, por lo menos, el siglo XXI a.C. (calib.). Las fechas relacionadas con los rellenos de plataformas de otros dos edificios monumentales, las Pirámides del Anfiteatro y del Altar Circular, son posteriores y corresponden al lapso que va de los 2300 a los 2000 a.C. (calib.).⁵ Por lo visto, la extensión y la apariencia monumental de Caral en la actualidad parece ser el resultado de acumulación de eventos de construcción que se sucedieron durante por lo menos 600 años. En todo caso, incluso asumiendo que la extensión del área construida no haya variado en Caral a lo largo de los siglos de su existencia, lo que es muy poco probable, un asentamiento con 5,27 hectáreas de arquitectura ceremonial pública y con 3,08 hectáreas de construcciones supuestamente residenciales difícilmente amerita el adjetivo de urbano. Por estas y otras razones, Canziani (2009), en una reciente historia de urbanismo andino, tilda el fenómeno de la época de Caral de «urbanismo incipiente», y la propia Shady siente la necesidad de agregar el adjetivo «sagrada» al nombre de ciudad cuando se refiere a sus excavaciones.

El debate sobre Caral se parece, en más de un aspecto, a la discusión que se ha desencadenado a raíz del descubrimiento de Jericó y de Çatal Hüyük (Makowski 2000, 2008b). Ambos asentamientos paradigmáticos para el Neolítico Precerámico y Neolítico Temprano del Creciente Fértil, respectivamente, fueron, en particular el segundo,

⁵ Shady (2006: 60-61, tabla 2.7) proporciona diversas fechas corregidas por medio de ¹²C/¹³C a.p. y fechas calibradas para la Pirámide del Anfiteatro (Beta-184982) corresponde una fecha de 3690 ± 110 a.p. (2120 a.C. [calib. “weighted average midpoints”]) y para la Pirámide del Altar Circular (Beta-184979) se define un fechado de 3800 ± 70 (2210 a.C. [calib.]).

caracterizados como «urbanos» por sus descubridores con todos los contenidos socioeconómicos —clases sociales y comercio a larga distancia, entre otros— que este adjetivo suele implicar. Sin embargo, luego de algunas décadas de estudios avanzados, los resultados contradijeron esta primera impresión (Hodder 2007; Wason 1994). Tanto Jericó como Çatal Hüyük resultaron muy distantes en aspectos económicos y sociales, y también en cuanto al sustento tecnológico, de las ciudades de la Edad de Bronce, que se desarrollaron en este mismo territorio varios miles de años después. No obstante, se ha demostrado que las primeras épocas de vida sedentaria también tienen sus dimensiones de complejidad. Una de estas dimensiones, que parece manifestarse también en los Andes Centrales, está relacionada con el culto de los ancestros. Sin la proliferación de las «casas de memoria» (Hodder 2006), que se hallaban profusamente decoradas con relieves y pinturas decorativas y que Mellaart (1967) y Gimbutas (1991) erróneamente consideraban templos, el aglutinado Çatal Hüyük, que carece de calles, plazas y edificios públicos, probablemente nunca hubiese sido tildado, *sensu stricto*, de ciudad. Hodder (2006, 2007) y su equipo han demostrado que dichas casas fueron alguna vez residencias comunes de familias extensas, y luego se transformaron en lugares de culto de muertos por parte de los descendientes. Recientes descubrimientos en Göbekli Tepe, y algunos otros sitios vecinos de Anatolia (Schmidt 2009), demuestran que los primeros ejemplos de la arquitectura ceremonial de notable complejidad que se conocen en la historia de humanidad no se relacionan con algún tipo de sociedad urbana, y ni siquiera fueron hechos por sociedades sedentarias. En Göbekli Tepe, Schmidt ha documentado una larga tradición de construcciones que se parecen a *kivas* de los pueblo indios, y que cuentan con un círculo de monolitos en forma de la letra «T», dispuestos en forma ovalada, al interior de cada estructura. Los monolitos están decorados con diseños figurativos variados en bajo relieve. La tradición se inicia en el Período Epipaleolítico y continúa en el Neolítico Precerámico (PPNA), entre undécimo y noveno milenios a.C. (calib.). La interpretación que el investigador da a este sorprendente hallazgo aporta nuevas luces a la discusión teórica acerca de las relaciones entre el poder, la religión y sus expresiones materiales en arquitectura y en iconografía. Según Schmidt (2009: 264), «los cazadores-recolectores dependían de territorios muchos más extensos para su subsistencia comparados con los campesinos [...]. En ese sentido, las reuniones cíclicas fueron imprescindibles para la sociedad subdividida en grupos reducidos. En estas reuniones se intercambiaban objetos que los grupos pequeños no podían adquirir o producir por su propio esfuerzo. De este modo se comprende la relevancia fundamental de ciertos sitios que, en su función de *lugares centrales*, garantizaban este modo básico de comunicación para sociedades preneolíticas».

El razonamiento de Schmidt coincide en varios aspectos con el tenor de la discusión sobre el fenómeno megalítico en Europa neolítica. Recordemos que los asombrosos monumentos monolíticos fueron hechos por poblaciones asentadas en áreas menos

favorecidas en cuanto a la calidad de suelo y el clima en Europa, poblaciones que experimentaban la transición del mesolítico al modo de vida neolítico (Sherratt 1995). Como en el caso anteriormente citado, se trataba de grupos numéricamente reducidos y, en varios casos, aún no sedentarios. Las razones para invertir el tiempo social en la talla, el transporte y la construcción de tumbas con entierros múltiples, así como de espacios ceremoniales, debieron ser tan variadas como las formas de edificaciones y como sus orientaciones respecto de los puntos relevantes del paisaje circundante. El encendido debate y la abultada literatura del tema lo sugieren. Hay un relativo consenso en cuanto a la relación directa entre estas actividades constructivas y la conservación de la memoria y la identidad por parte del grupo involucrado (Tilley 1994, 2004, *inter alia*). Por medio de rituales, las historias de origen, los mitos compartidos, se inscribían en el paisaje organizado mediante construcciones megalíticas.

Al margen de los debates sobre el abanico de posibles funciones sociales del monumento y sobre su relación comprobable con el paisaje (Barrett y Ko 2009), el fenómeno del megalitismo en la prehistoria europea invita a revisar paradigmas de uso común en la arqueología andina. Uno de ellos concierne al supuesto y esperado vínculo causa-efecto entre el surgimiento de sistemas políticos de carácter jerárquico y coercitivo, por un lado, y la inversión del tiempo social en la construcción de edificios públicos, por el otro. Se suele asumir que la ideología de élites emergentes o ya establecidas se materializa de manera preferente en la arquitectura (vg. DeMarrais *et al.* 1996). Por ende, la presencia/ausencia de esta clase de arquitectura pública es considerada como un indicador de intereses antagónicos, de mecanismos de dominación en las relaciones entre actores sociales y, en particular, de la presencia/ausencia de la estratificación, de la ciudad y del estado (véase abajo). Por supuesto, el razonamiento descrito no se aplica a los casos que acabamos de presentar, que demuestran que el postulado carece de valor universal. Se ha visto, como en los Andes del Período Arcaico, en Europa y en Asia de los Períodos Mesolítico y Neolítico Precerámico, ciertas comunidades territoriales, compuestas de grupos numéricamente restringidos, realizaban el esfuerzo mancomunado para construir tumbas para sus ancestros o centros ceremoniales. Hay una clara relación inversa entre esta particular estrategia y el desarrollo tecnológico. Con el progreso en materia de agricultura y ganadería, las poblaciones del área donde se manifestaba el fenómeno megalítico dejaron de construir nuevas estructuras, y sus líderes eventualmente volvieron a usarlas de manera oportunista. Es significativo que los vecinos de los pueblos que cultivaban la tradición megalítica tampoco desarrollaron esta clase de arquitectura, a pesar de que se trataba de grupos plenamente sedentarios, que ocuparon los mejores suelos de Europa y han sido considerados exitosos pioneros de neolitización.

Por ende, resulta necesario, desde el punto de vista metodológico, hacer un deslinde

entre la construcción de espacios ceremoniales y el fenómeno urbano. Por cierto, ambos espacios son lugares en los que se materializa la cultura («To materialize culture is to participate in the active, ongoing process of creating and negotiating meaning» [DeMarrais *et al.* 1996: 16]), negocia el poder y se establecen relaciones cruciales para la subsistencia. No obstante, la distinción que hace Mann (1986) entre los poderes *autoritario* y *difuso* puede ser muy útil para entender bien los mecanismos de poder. Las características de organización de las sociedades en vía de sedentarización y del neolítico (formativo) precerámico, y de la propia arquitectura ceremonial, sugieren que las ideologías religiosas ampliamente compartidas, los rituales inclusivos, son las fuentes del poder de convencimiento que manejan los líderes. Por lo tanto, es el poder *difuso* el que se materializa y no el *autoritario*. En cambio, la aparición posterior de monumentales palacios, de templos con acceso restringido y, más aún, de templos-mausoleos de culto del gobernante único, a menudo honrado con la imagen y con la inscripción que lo perennizan e inmortalizan, deificándolo, en el contexto de procesos de urbanización evolutiva o compulsiva (Makowski 1999, 2002, 2008a, 2008b y abajo), es expresión clara de un poder *autoritario* que busca el equilibrio con el poder *difuso* para garantizar su legitimidad. Por otro lado, varios prehistoriadores consideraron necesario recurrir, con razón, a las propuestas teóricas de Bourdieu (1977) para entender las dimensiones económicas en el contexto de sociedades fragmentarias, preestatales. Los conceptos de *capital simbólico*, en forma de honor, honradez, solvencia, entrega; de *capital cultural objetivado*, que se vuelve visible en la acumulación de objetos extraordinarios; y de *capital social*, conseguido a través de la red de relaciones que establece cada agente, son de utilidad para captar la esencia de los juegos de competencia entre líderes y entre linajes en los espacios ceremoniales. La capacidad de organizar los banquetes en los que se sellan los pactos y legitimizan las jerarquías incipientes entre líderes frecuentemente elegidos de manera democrática y por un tiempo determinado ha sido reconocida, en las últimas décadas, como uno de los aspectos centrales en la manifestación de poder en las sociedades preindustriales (Hayden 2001). El capital económico acumulado por las comunidades con sus líderes se transforma en estas fiestas en los capitales simbólico y social.

3. Las teorías y los modelos relativos a la ciudad en los Andes

La polémica sobre el urbanismo andino se originó a partir de tres propuestas, formuladas respectivamente por Collier (1955), Rowe (1963) y Lumbreras (1974, 1987), las que se desprendían, respectivamente, de las definiciones comparativa, pragmática y axiomática del fenómeno urbano. Similar diversidad de enfoques caracteriza la discusión del fenómeno urbano también en otras áreas del mundo (Marcus y Sabloff [eds.] 2008).

Según Collier (1955), el desarrollo cultural en la costa del Perú sigue la línea evolutiva que Adams y Wittfogel observaron en los restantes focos prístinos de civilización. Entre el fin del Período Formativo y el Período de Desarrollos Regionales, la introducción de riego forzado y el desarrollo de otras tecnologías (ganadería, metalurgia) hicieron posible un marcado aumento de la población. En consecuencia, se habrían producido conflictos armados y habría aparecido la élite guerrera, que pronto habría entrado en conflicto con la vieja élite sacerdotal. De este modo, se habrían creado condiciones para que los señoríos teocráticos del Formativo se transformasen en estados seculares, militaristas y expansionistas (vg. Wari). Aquella secuencia hipotética de estadios se vería fundamentada por la siguiente evolución de formas arquitectónicas: (1) *centros ceremoniales* del Formativo; (2) capitales de estados regionales: *pueblos grandes, aglutinados alrededor de enormes templos-pirámides* (Desarrollos Regionales); y (3) *tipos urbanos de poblamiento planeado* (los términos son de Collier 1955), cuya aparición estaría relacionada con el estado militarista (Wari). Los planteamientos de Collier (1955) fueron retomados por Schaedel (1966, 1978, 1980a, 1980b), quien ha hecho los primeros intentos de contrastarlos de modo sistemático mediante la utilización de los criterios empleados por Adams (1966) para cruzar los resultados de prospecciones en las áreas respectivas de Uruk (Mesopotamia) y Teotihuacan (México). Los influyentes trabajos de Adams (1966, 1981; Adams y Nissen 1972) y de Schaedel hicieron convencer a generaciones de investigadores que el proceso de evolución social y política relacionado con el surgimiento de la ciudad y del estado en el área de Uruk se repite en otras áreas culturales, en variantes poco significativas. En los Andes, el enfoque **comparativo** fue adoptado posteriormente, entre otros, por Shimada (1994, para el urbanismo mochica), Isbell (1988; Isbell y McEwan [eds.] 1991, *inter alia*, para el urbanismo wari). Isbell y sus colaboradores aplicaron la metodología elaborada por Adams (1966, 1981; Adams y Nissen 1972), así como Neely y Wright (1994). Bajo el supuesto de que el fenómeno urbano estuvo condicionado por la consolidación de estructuras administrativas del estado, su presencia o ausencia podía ser inferida a partir de las relaciones jerárquicas y espaciales entre asentamientos. De hecho, el tamaño, y la diferenciación formal de los conjuntos arquitectónicos, confrontados con la distribución espacial de los sitios, permitirían distinguir, conforme con los lineamientos del modelo, entre los rangos de capital y centros regional, provincial, distrital, etc. Para los seguidores del enfoque comparativo que trabajan en el área andina, el fenómeno urbano es tardío; nace entre los siglos VII y IX d.C., y está relacionado, de modo directo, con la transformación de cacicazgos en estados expansivos.

A diferencia de Schaedel, Rowe (1963) no dio mucha importancia a los criterios formales o demográficos, ni a aquellos relativos a la organización espacial. Según él, la distribución nuclear no es por sí misma diagnóstica para los sistemas urbanos, puesto

que se conocen tipos de organización *acorítica* (con asentamientos grandes y distanciados entre sí) y *sincorítica* (nuclear) en zonas mayormente rurales durante la antigüedad clásica. Su definición de la ciudad es pragmática y de orden funcional: la define como el lugar permanente de residencia de administradores, comerciantes, artesanos y militares. La presencia de la población permanente permite hacer la distinción entre una ciudad y un centro ceremonial, mientras que el tipo de ocupación, y no el tamaño, marca la diferencia entre una ciudad y un pueblo. Desde esta perspectiva, que podría ser caracterizada como **pragmática**, los asentamientos que carecen de núcleos públicos formalmente diferenciados y ocupan un área menor de cuatro hectáreas son de naturaleza aldeana. Las evidencias sugeridas para determinar si un asentamiento fue una ciudad, un centro ceremonial o un centro administrativo —a saber: la ocupación de las élites residentes— no se consiguen, por supuesto, sin las excavaciones sistemáticas en área y a largo plazo. Por consiguiente, los partidarios del enfoque pragmático usan, a menudo, los tres términos que acabamos de mencionar alternativamente como sinónimos o como términos compuestos (*vg. ciudad sagrada, centro ceremonial-administrativo, centro ceremonial poblado*). Siguiendo los planteamientos de Rowe y sus propuestas cronológicas, Burger (1992) interpretó el crecimiento del área circundante al templo de Chavín de Huantar, en el siglo IV o III a.C., como la expresión de un urbanismo incipiente. Algunos autores intentaron retroceder la fecha del inicio del urbanismo en los Andes mucho más hacia atrás, al segundo o incluso tercer milenio a.C. (Haas y Creamer 2004; Haas *et al.* 2004, 2005; Pozorski y Pozorski 1987; Shady 2003a, 2003b, 2006). Sus propuestas se fundamentaban en la relativa frecuencia con la constatación que rasgos considerados diagnósticos para centros administrativos o urbanos se manifiestan en la costa del Perú desde del Período Precerámico Tardío, y durante el Período Inicial: (1) diseño espacial planificado u ordenado; (2) complejidad formal y diferenciación funcional de la arquitectura monumental; (3) presencia de zonas de vivienda y de preparación de alimentos en la vecindad de arquitectura monumental; y (4) área total que frecuentemente supera las 10 hectáreas y puede llegar a las 220 hectáreas (Caballo Muerto y Pampa de las Llamas-Moxeque [Figura 2]). La teoría de Carneiro fue asumida por Haas (1987) como sustento teórico para fundamentar el surgimiento temprano de organizaciones políticas complejas. Shady (Shady y Leyva [eds.] 2003) prefirió, en cambio, adaptar, a su manera, la teoría de la revolución urbana de Childe y enfocar el tema desde una perspectiva, al mismo tiempo, ecléctica, comparativa, pragmática y axiomática.

Los usuarios de la acepción **axiomática** asumen que la existencia de extensos complejos de arquitectura monumental, diversificada formalmente y rodeada de áreas de vivienda, de almacenaje y de producción, implica necesariamente el grado avanzado de complejidad socioeconómica, llamado urbano (Southall 1998). En su opinión, el estado despótico, con el desarrollado aparato coercitivo, y el urbanismo constituyen

fenómenos tan universales como indisolubles en los orígenes de la civilización. En la arqueología andina, estos planteamientos se introdujeron a raíz de una interpretación del modelo de Collier (1955) por Lumbreras (1974, 1987) y su alumno, Canziani (1987, 2009), siguiendo las pautas de Childe. Sus ideas han calado profundamente en la percepción que los arqueólogos peruanos tienen del fenómeno de urbanismo, de mismo modo como las de Collier y Schaedel en las investigaciones de los estudiosos norteamericanos. Conforme con los lineamientos de materialismo histórico, *la revolución neolítica* inevitablemente estaría creando las bases para la segunda *revolución urbana*, siempre y cuando el sedentarismo generalizado estuviese sustentado por eficientes sistemas agropecuarios, capaces de generar excedentes almacenables. El incremento del excedente crea, conforme con la propuesta, el sustento necesario para el número cada vez mayor de productores especializados y dirigentes. En estas condiciones, la aparición de clases sociales con intereses antagónicos es inminente y, con ellas, el surgimiento del estado con su aparato coercitivo. La clase dominante reside en la ciudad, que se convierte también en la sede de los poderes del estado. El desarrollo urbano es, desde esta perspectiva, el reflejo material de la formación de clases sociales. Originalmente, Lumbreras relacionaba el origen del fenómeno urbano en los Andes Centrales con las causas que hicieron surgir el estado expansivo Wari en la región de Ayacucho, entre los siglos V y VI d.C. Los avances en los estudios sobre los Períodos Arcaico (Precerámico) y Formativo (Período Inicial y Horizonte Temprano) lo han hecho cambiar de opinión y retroceder esta fecha, de manera coincidente con la propuesta de Rowe, hacia el fin del Período Formativo. A su vez, Canziani (2009) asume, en el contexto del debate sobre la arquitectura del Período Precerámico, que paradójicamente la «revolución urbana» tuvo en los Andes un carácter evolutivo con cambios lentos y acumulativos. El proceso de urbanismo se habría iniciado a fines del cuarto milenio a.C. y habría de demorar más de tres mil años en consolidarse al compás del surgimiento de élites sacerdotales y luego guerreras, cuyas relaciones con el campesinado habrían adquirido con el tiempo características antagónicas.

A diferencia de los tres enfoques anteriores, la perspectiva **funcional** no se inspira en los resultados de prospecciones o reconocimientos de superficie. Por el contrario, sus propuestas se fundamentan en excavaciones sistemáticas, realizadas dentro de presuntos conjuntos urbanos, y están alimentadas, con frecuencia, por la reflexión postprocesual en arqueología. Aquellos resultados entraron en abierta contradicción con supuestos teóricos iniciales. La población permanente en varios supuestos centros urbanos resultaba tan limitada que el área utilizada con fines estrictamente habitacionales no debió haber sobrepasado un 10% del área total. Esta característica sorprendente se manifestaba tanto en los complejos planificados, hipotéticas capitales provinciales de imperios, como en los sitios de crecimiento desordenado (vg. Cahuachi [Figura 1]: Silverman 1993; Azángaro: Anders 1986; Wari [Figura 3] y Conchopata:

Isbell 1988, 2001, 2009; Huánuco Pampa: Morris y Thompson 1985). La mayoría de estructuras monumentales tuvo funciones ceremoniales, que incluían las funerarias, y administrativas. Las estructuras menores poseían depósitos y talleres de producción de parafernalia de culto. Por ende, el nombre de *centro administrativo-religioso* o, en algunos casos, el de *complejo palaciego* se adecuaba mejor que el de *ciudad* a la función desempeñada por los conjuntos arquitectónicos excavados. Así mismo, resultaba obvio que la similitud de formas arquitectónicas no implicó necesariamente un parentesco funcional, cuando se compara sociedades diferentes, en aspectos económicos, sociales, culturales y políticas. Los asentamientos planificados del Horizonte Medio resultaron ser muy distantes en cuanto al uso y a la organización del espacio urbano de las colonias griegas o ciudades helenístico-romanas de traza supuestamente inspirada en las obras de Hippodames de Mileto o en las descritas por Vitruvio. Por ende, los seguidores del enfoque funcional prefieren guardar mayor prudencia a la hora de usar los conceptos de ciudad y urbanismo, que se relacionan indisociablemente con la reflexión histórica sobre el origen y el desarrollo de la cultura occidental. La perspectiva funcional implica un reto; hay que afrontar la reconstrucción del contexto cultural indígena a partir de las evidencias recuperadas en la excavación sistemática y de la lectura crítica de fuentes históricas provenientes del Período Colonial Temprano. Este difícil camino fue de algún modo trazado por Rowe (1967) en el precursor artículo sobre las características particulares de Cuzco como capital de Tawantinsuyu. Lo siguieron también John Murra y Craig Morris cuando se enfrentaron al reto de entender uno de los centros administrativos inca de mayor complejidad, fundado en medio de la puna, el de Huánuco Pampa (Morris y Thompson 1985).

4. ¿Urbanismo o urbanismos?: la universalidad de modelos procesuales en tela de juicio

Tanto la perspectiva comparativa, de inspiración neoevolucionista, como la perspectiva que llamamos axiomática, de corte neomarxista, se fundamentan sobre el supuesto de carácter paradigmático de que el proceso de formación de ciudades y luego de estados e imperios, reconstruido a partir de las prospecciones y excavaciones en la cuenca baja de los ríos Éufrates y Tigris, tiene el carácter universal y se repite, por lo tanto, con mínimas variantes en todas las áreas del mundo, donde se originaron las civilizaciones prístinas. Las diferencias ambientales, tecnológicas e históricas no tendrían, por lo tanto, relevancia y no afectarían, por nada, la lógica de dicho proceso (Adams 1966, 1981; Childe 1974[1950]; Schaedel 1966, 1978, 1980a, 1980b; Service 1975). La falacia de este supuesto quedó evidenciada en las últimas décadas a raíz del vertiginoso avance de las investigaciones arqueológicas en el Cercano Oriente. Al respecto, se han demostrado los siguientes hechos: (1) el proceso de formación de las primeras ciudades en Mesopotamia ha tenido lugar 1000 años antes de la «revolución

urbana» descrita por Childe, esta misma que hoy recibe el nombre de la «segunda revolución urbana» (Akkermans y Schwartz 2003; Butterlin 2003; Frangipane 2001; Yoffee 2005); (2) el proceso no se circunscribe a la cuenca baja, sino que abarca tanto a la cuenca alta como a las cuencas vecinas, las que conforman el centro dentro de una gran área de interacción que amerita, por primera vez en la historia de humanidad, el nombre de «sistema-mundo» (Algaze 1993, 2001; Rothman [ed.] 2001); (3) la evolución del patrón de asentamiento durante el tercer milenio a.C. en el área de «*Uruk countryside*» (Adams y Nissen 1972) no puede considerarse universal porque no se aplica a otras partes de la misma cuenca, ni tampoco a otras cuencas, como, por ejemplo, la del valle del Nilo; y (4) el paisaje urbano de las cuencas de los ríos Éufrates y Tigris varía también en diacronía, dado que dos otras «revoluciones urbanas» suceden a la «segunda», conforme cambia la organización económica, social y política durante el segundo y primer milenios a.C., antes de la conquista persa (Ramazzotti 2002; Ur 2010).

En actualidad, cabe poca duda de que, durante *Late Chalcolithic* y *Early Bronze* (cuarto y tercer milenios a.C.), el tamaño promedio y la organización espacial de los asentamientos guardaban relación directa con la calidad de suelos, así como con el balance y características de los recursos hídricos (Cordova 2005). Ramazzotti (2003) distingue cinco regiones en la parte media y baja de la cuenca de dos ríos (véase también Wilkinson 2000, 2003). Cada una de ellas posee características diferentes respecto a las demás en cuanto a la organización espacial de los asentamientos. La típica organización jerárquica, producto del proceso sostenido de nucleación (*nucleation*; Adams 1966, 1981) con la población concentrada en varios asentamientos muy grandes (mayores de 200 hectáreas) y grandes (mayores de 40 hectáreas), rodeados de aldeas medianas (mayores de cinco hectáreas) y chicas dispuestas en las orillas de cursos de agua y con red de canales, caracteriza solo a dos zonas entrecuenca de Uruk-Warka y al área de Nippur, aunque en el paisaje de esta última zona predominan asentamientos chicos, por debajo de una hectárea. Algunas de las cinco regiones estuvieron periódicamente alteradas por sequías; otros (cuenca baja), por incrementos de salinidad a raíz del riego intensivo. Por consiguiente, ninguno de ellos, salvo el valle de Diyala, gozaba de estabilidad, y las secuencias de cambios en el patrón de asentamientos durante el cuarto y tercer milenios son marcadamente diferentes. No se dispone de datos analizados con esta misma metodología para la parte alta de la cuenca de los ríos Éufrates y Tigris. No obstante, las evidencias de las excavaciones sistemáticas llevadas a cabo en los últimos 25 años sugieren que se trata de una evolución que también posee características particulares (Ur 2010) y no es comparable con los procesos observados en la cuenca de Uruk (Adams y Nissen 1972), a pesar de la indudable interacción, particularmente fuerte en el Período Uruk. Este último período acontece una rápida transformación del sistema de asentamientos en el alto Éufrates y Tigris, gracias la fundación de colonias Uruk como Habuba Kabira y el crecimiento de centros locales cuya cultura material está también

fuertemente influida por la cultura Uruk como Tell Brak (Akkermans y Schwartz 2003; Rothman 2004).

La comparación entre estas seis áreas en Mesopotamia, incluyendo la cuenca alta, y el valle del Nilo refuerza la impresión de que varios tipos de urbanismo y varias secuencias de procesos aglomerativos (*nucleation*) tempranos se observan en el Cercano Oriente; todos ellos fueron condicionados, en buena parte, por las características del medio ambiente y también por respuestas tecnológicas a los retos que este impone a las sociedades sedentarias y pastoriles. Por otro lado, la comparación mencionada invita a reconsiderar las relaciones entre el proceso de urbanismo (revolución urbana) y el surgimiento del estado. Varios egiptólogos (Kemp 1989; Midant-Reynes 2000; Wilkinson 2001) han coincidido en observar que el estado territorial que se forma en la cuenca del Nilo carece de antecedentes de ciudades-estados como en la vecina Mesopotamia. De manera acertada, Trigger (1985, 2003) ha sugerido que la historia del urbanismo en Egipto difiere diametralmente de la de Mesopotamia. El urbanismo en Egipto tiene carácter compulsivo y se origina como consecuencia del surgimiento y evolución del estado territorial. El origen del estado fue tradicionalmente ubicado a fines de Nagada III, pero, en la actualidad, se dispone de un número creciente de evidencias, en particular procedentes de los cementerios de élite, que sitúan los inicios de este proceso muchos siglos antes (Seidlmayer 2009). Los centros «urbanos» son capitales, centros administrativos y ceremoniales a la vez. Los más grandes de ellos (vg. Saqqara), con diseño planificado y de trazo ortogonal, se construyeron para los obreros y funcionarios encargados del mantenimiento de las necrópolis reales. La mayoría de población vive en asentamientos chicos de carácter rural, e, incluso, centros urbanos principales como Hieracompolis poseen un área muy restringida (Butzer 1976; Seidlmayer 1996; Trigger 1995, 2003: 139-140; Wilkinson 1996). Diferente es también el lugar de la arquitectura ceremonial monumental en el contexto considerado urbano en ambos casos. En Egipto, las áreas residenciales de tamaño relativamente reducido en comparación con la envergadura de los espacios públicos ceremoniales se construyen para albergar a los constructores y funcionarios de los palacios, de los templos o de las necrópolis.

En Mesopotamia la arquitectura monumental —los templos y, aún más, los palacios— aparecen tarde en la secuencia (*Late Uruk*), luego de varios siglos de crecimiento sostenido de los asentamientos; y los espacios urbanos están ocupados mayormente por densa arquitectura residencial (Crawford 2004; Liverani 2006; Stone 1997, 1999; van de Mierop 1997). Los recientes trabajos en Mesopotamia están invitando también a una profunda reevaluación de la definición de la revolución urbana propuesta por Childe. El desarrollo de los centros urbanos de la cultura Uruk (ca. 4000-3100 a.C.) antecede por más de mil años al uso generalizado de la escritura en la cuenca. En los asentamientos urbanos del valle alto, solo se han encontrado evidencias de sistemas contables (*tokens*).

Así mismo, es evidente que tanto la «primera como la segunda revolución urbana» anteceden, por varios siglos, el incremento de la estratificación social y el surgimiento de la propiedad privada a fines del tercer milenio a.C (Steinkeller 2007; Trigger 2003). Los investigadores destacan tanto el carácter relativamente igualitario (Yoffee 2005) de las primeras sociedades consideradas «urbanas» como el papel de una religión con ciertos matices «chamánicos» en su vida política (Butterlin 2003). En la discusión surgieron dudas acerca de la validez del uso de criterios y conceptos acuñados para describir la realidad política y económica de los estados de la segunda mitad del tercer milenio a.C. con la finalidad de definir los procesos del surgimiento de las sociedades complejas durante el cuarto milenio a.C. (en particular, el concepto de ciudad-estado y de sistema-mundo [Algaze 1993, 2001]). Se ha propuesto, entre otros, diferenciar entre una aldea grande que cumple el papel de centro y una ciudad (*city*), y caracterizar los desarrollos prehistóricos Obeid y Uruk como protourbanos en esencia (Butterlin 2003; Ur 2010), en vista de contrarrestar el sesgo arriba mencionado. Por otro lado, el concepto de *chiefdom* como de *complex chiefdom* tampoco ayudan a definir con precisión la diversidad de sistemas políticos complejos que emergen en Mesopotamia del cuarto milenio a.C. (Frangipane 2001; Stein 2001). Los investigadores han puesto énfasis también en las características particulares del urbanismo autóctono emergente en la alta Mesopotamia y en la Anatolia colindante (Stein 2001) como, por ejemplo, la ausencia de una arquitectura ceremonial monumental comparable a la de los templos de Uruk (Liverani 2006). En algunos asentamientos como Arslan Tepe se registran, en cambio, los primeros ejemplos de arquitectura palaciega y de tumbas de élite guerrera (Frangipane 2001).

Estas nuevas evidencias invitan, una vez más, a repensar la aplicabilidad de los influyentes modelos comparativos propuestos en el siglo pasado por Steward *et al.* (1955), Adams (1966) y Service (1975). En Mesoamérica, como en Mesopotamia, la nucleación y la aparición de la arquitectura pública ocurrieron, por lo general, de manera simultánea. En ambos casos, el proceso de desarrollo «urbano» tuvo carácter evolutivo, ha antecedido por varios siglos el uso de la escritura y abarcó regiones diferentes desde el punto de vista ecológico. Los estudios recientes ubican los orígenes del proceso en el Preclásico Temprano (Clark 2009), entre los 1600-900 a.C. (calib.), en el contexto político y social interpretado como el período de formación de las jefaturas que antecedieron al Estado olmeca. La arquitectura y las estatuillas de élite, que incluye las imágenes de jugadores de pelota, ofrecen un cómodo sustento para esta interpretación. Hay que poner énfasis también en el papel de la plaza para el juego de pelota que conforma el centro de asentamientos protourbanos. Uno de ellos, el Paso de la Amada en Chiapas, llega a tener 140 hectáreas de extensión y cuenta con arquitectura ceremonial de carácter monumental en su centro (Clark 2009).

A juzgar por estas evidencias, más allá de las similitudes aparentes, hay también notables diferencias cuando se compara los procesos urbanos en ambas áreas nucleares de desarrollo de civilizaciones prístinas. En Mesopotamia, la inversión del tiempo social en la construcción de templos se incrementa gradualmente con el desarrollo de la ciudad-estado. El centro ceremonial, a menudo cercado con murallas, comprende la pirámide escalonada-zigurat, otros templos de traza horizontal y un palacio, y llega a ser un componente universal del paisaje urbano recién a partir de la «Segunda Revolución Urbana» (Crawford 2004). Cabe recordar, sin embargo, que en varias ciudades-estados de la cuenca alta, como Ebla o Mari, el palacio y no el templo se constituía en el centro del tejido urbano. Los antecedentes de la arquitectura pública ceremonial en los Períodos Obeid y Uruk («Primera Revolución Urbana») son modestos. El edificio de culto repite en Mesopotamia del Sur el plano de una casa multifamiliar. Por otro lado, la mayoría de investigadores que trabajan en Mesopotamia (vg. Frangipane 2001; Stein 2001; Yoffee 2005) están de acuerdo con que la «revolución urbana» ha condicionado desarrollos sociales y políticos que carecen por completo de rasgos comunes con las jefaturas.

Se han visto, líneas arriba, las grandes diferencias que se observan también cuando se compara los casos de Mesopotamia y de Egipto (Cowgill 2004). Trigger (1985, 1995, 2003) ha sido el primero en exponer estas evidencias y proponer un modelo alternativo de interpretación: relativamente brusco surgimiento de un estado regional que da impulso a la fundación de centros urbanos (Egipto: Kemp 1989; Middant-Reyes 2000; Wilkinson 1996, 2001) frente a lenta evolución del sistema protourbano que anticipa la formación de *peer-polities*, ciudades-estados históricas, *pre-accadienses* (Mesopotamia). Desde la perspectiva teórica propuesta por el autor, esta diferencia se puede describir también de otra manera. El urbanismo egipcio posee características de uno de tipo compulsivo y se promueve desde el estado territorial más antiguo del Cercano Oriente, de lo cual se deriva la fuerte recurrencia de asentamientos planificados. En cambio, el urbanismo mesopotámico se constituye en el caso paradigmático del urbanismo evolutivo. Wilson (1997) y Kolata (1997) han intentado recientemente hacer uso de la propuesta de Trigger (1985, 1995, 2003) con el fin de definir mejor la relación entre el urbanismo y el estado en los Andes. Ambos llegan a la conclusión coincidente de que no hay evidencias en registro que permitan interpretarlas como pruebas de la formación de varias ciudades-estados en competencia para el valle del Santa o la cuenca del Titicaca. Sus argumentos hacen pensar que las particulares expresiones del urbanismo andino guardan mayor similitud con el valle del Nilo que con el proceso de evolución urbana en Mesopotamia. No obstante, es menester tomar en cuenta que el estado territorial egipcio carece de antecedentes de más de 4000 años de desarrollo de sociedades complejas con características de jefaturas, jefaturas complejas y estados como ocurre con el Imperio Inca. A su vez, es posible seguir los cambios sociales y vaivenes de la

coyuntura política, auges y crisis de un estado despótico por intermedio de la impresionante arquitectura pública del Egipto Antiguo: necrópolis, centros ceremoniales, templos fuera del ámbito urbano, ciudades, fortalezas. Los antecedentes de esta arquitectura en la época predinástica, cuando el poder estuvo repartido entre los jefes de varias comunidades territoriales en competencia, son más que modestos (Middant-Reyes 2000; Seidlmayer 1996; Wilkinson 1996). Se presume que los espacios ceremoniales se creaban mediante construcciones de materiales perecibles días antes de las fiestas para desmontarlas luego totalmente o parcialmente.

A medida que la discusión del fenómeno urbano por arqueólogos e historiadores abarca nuevas áreas de América indígena, África y Asia, antes no incorporadas en el discurso sobre el origen de la civilización, el debate se vuelve más encendido, pues la diversidad de procesos urbanos y también de características de asentamientos y redes es más evidente (Marcus y Sabloff [eds.] 2008). La idea de que el concepto de urbanismo es una herramienta comparativa para describir la rica diversidad de destinos históricos no es nueva. Tampoco es nuevo el convencimiento de que, dada esta diversidad, el urbanismo no se debe circunscribir a una sola imagen paradigmática, acuñada a partir de la realidad moderna, que se forja con el capitalismo mercantil del fin de la Edad Media y consolida con la revolución industrial. Sospecho que la intuición más o menos consciente de la diversidad de urbanismos fue compartida por generaciones de historiadores, de arqueólogos clásicos y de medievalistas desde Fustel de Coulanges. Para todos ellos quedaba muy en claro cuán diferentes eran, por ejemplo, las polis griegas de tiempo de la gran colonización de las ciudades helenísticas y romanas, y estas de las surgidas en el complejo urbanismo medieval. A lo largo de siglos cambiaban drásticamente las relaciones entre la ciudad y el estado, entre los habitantes de las ciudades y las clases dominantes, que no necesariamente residían permanentemente en el casco urbano. El seguimiento de estas diferencias fue siempre relevante en la historiografía marxista de ayer y hoy. Por ejemplo, en una síntesis de la historia del urbanismo reciente, escrita desde la perspectiva de materialismo histórico, Aidan Southall (1998: 8, 15 y *passim*) pone énfasis en las diferencias abismales de relaciones entre la ciudad y el campo que se manifiestan en diferentes lugares y épocas históricas que Marx consideró diagnósticas para la definición de sus modos de producción (el Cercano Oriente, Grecia, Europa medieval, era moderna):

Modo de producción asiático:	ciudad y campo indisociables (<i>unity of town and country</i>);
Modo de producción antiguo:	ruralización de la ciudad (<i>ruralization of the city</i>);
Modo de producción feudal:	relaciones antagónicas entre la ciudad y el campo

(antagonism town and country)

Modo de producción capitalista: urbanización del campo
(urbanization of the country).

Si bien la redefinición de los modos de producción y la caracterización del urbanismo griego-romano por Southall son discutibles, la idea de fondo es convincente. En cada urbanismo se materializan los mecanismos económicos, las relaciones sociales y las instituciones políticas vigentes en el lugar y en la época. Así mismo, cada tipo de paisaje urbano es un poderoso elemento activo del sistema, tanto en su carácter de infraestructura como en su calidad de expresión del poder, y materialización de los múltiples capitales (Bourdieu 1977), acumulados por los actores sociales, y vehículo de la memoria compartida. Es evidente, por ejemplo, para todo visitante culto, la relación cambiante en el paisaje mediterráneo entre los múltiples tipos de residencias de élite, rurales y urbanas, fortificadas o no; las ciudades de distinta traza, planificadas o no; y templos y conventos, a medida que transcurren los siglos y cambian los condicionamientos tecnológicos y socioeconómicos. El conocedor de la historia descubre diferentes paisajes culturales sobrepuestos desde los tiempos romanos hasta nuestros días. La cambiante estructura de tenencia de tierra, condicionada por las tecnologías agrícolas, está también inscrita en el paisaje (vg. Vermeulen y de Dapper 2000). Por otro lado, para Marx y varios de sus seguidores posmodernos (vg. Mann 1986; Wolf 1982), el tipo de urbanismo como todo el sistema económico están condicionados por el desarrollo tecnológico y, en particular, por los medios de transporte marítimo, fluvial y terrestre. Desde la perspectiva delineada, resulta obvio que el urbanismo que nace en el seno de la variante andina del modo de producción —que se basa en el parentesco, desarrolla un sistema económico caracterizado por la propiedad corporativa y por el monopolio de estado en intercambios a larga distancia, y posee serias limitaciones en cuanto al volumen de bienes que es posible transportar— debería poseer características singulares que lo distinguieran de los demás.

5. Las particularidades del urbanismo andino

Recientemente, Makowski (1996, 1999, 2000, 2002, 2008a, 2008b) ha sugerido —recogiendo las observaciones y críticas de Rowe (1967); Morris (1972); Morris y Thompson (1985); Silverman (1993); y Anders (1986), entre otros— que el sistema andino fue en su esencia *antiurbano*, si es que se toma por referencia las características esenciales del urbanismo occidental. El mismo término lo usó de manera independiente Kolata (1997) para referirse a las características de las capitales del Estado tiwanaku. En los Andes Centrales, la mayor parte de población en todas las épocas, desde el

Precerámico, vivía en asentamientos dispersos, localizados fuera del límite de cultivos; su área promedio no sobrepasaba las cuatro hectáreas, salvo casos de capitales regionales, probables lugares de residencia de la élite guerrera. Muchos de los sitios grandes y medianos de un tamaño mayor a cuatro hectáreas deben su tamaño al crecimiento horizontal durante fases sucesivas, en las que, así mismo, se abandonan zonas previamente usadas. Escasas aglomeraciones que cuentan con amplias zonas residenciales comprobadas y cuya extensión supera las doscientas hectáreas —vg. Huacas del Sol y de la Luna (Figura 4), Wari (Figura 3), Pampa Grande, Cajamarquilla, Chanchán y Huánuco Pampa— deben su existencia al *urbanismo compulsivo* del estado (Morris 1972). Ninguna de ellas sobrevivió a la coyuntura política que contribuyó a su fundación. Los complejos considerados urbanos cumplían la función de capitales, centros administrativos y ceremoniales. En los Andes, eficientes ideologías religiosas y nutridos calendarios ceremoniales regulaban desplazamientos anuales de grupos de población y, con ellos, de servicios y bienes requeridos; vg. la descripción del sistema inca por los cronistas españoles (Rowe 1967; von Hagen y Morris 1998). La arquitectura monumental, distribuida a lo largo de caminos y canales de riego, y agrupada en los centros ceremoniales de distinto rango, orientaba los flujos de mano de obra y de productos, convertía el paisaje profano en un escenario sagrado, y otorgaba a los tributos, en trabajo y en productos, el carácter de obligación religiosa. Las preparaciones para la guerra y los intercambios comerciales no escapaban de este marco ceremonial. Desde la perspectiva de la historia de instituciones políticas, el urbanismo andino podría definirse, en primera instancia, como la materialización del poder *difuso* (Mann 1986) y, por lo tanto, como el medio y el escenario de transmisión de ideologías religiosas, así como el instrumento poderoso de la memoria social inscrita en el paisaje (Silverman 2002). Élités de los *complex chiefdoms* y de los estados incoados emergentes hacen uso de estos mecanismos y recursos ancestrales para tejer redes del poder de carácter esencialmente hegemónico (D'Altroy 2002). El desarrollo incipiente de medios de transporte marítimo y terrestre pone serias limitaciones para la organización territorial del poder hasta el Horizonte Tardío. En esta línea, los instrumentos de análisis heterárquico (*heterarchy analysis*) de uso reciente en la historia de investigaciones (vg. Dillehay 2001; Janusek 2010; Vega-Centeno 2004, 2008a, 2008b) resultan de suma utilidad para comprender las características y funciones de los centros.

La hipótesis de Makowski tiende a explicar las siguientes características particulares del urbanismo *sui generis* andino:

(1) La inestabilidad del sistema de asentamientos. Esta se refleja en la ausencia de los *tell* urbanos, estratificados, en largos hiatos ocupacionales, los que se observan en la estratigrafía de asentamientos con ocupaciones múltiples, y en cambios drásticos en la distribución espacial de sitios entre cada 400 y 600 años.

(2) La predominancia de la arquitectura pública (en promedio, más del 60% del área total del sitio). Esta incorpora los espacios sagrados y margina los espacios domésticos en todos los complejos considerados urbanos y documentados hasta el presente.

(3) La recurrencia de las formas de arquitectura ceremonial (vg. la plaza, el patio hundido, el recinto cercado, la plataforma escalonada, la pirámide con rampa) en los sitios calificados como centros urbanos o administrativos.

(4) Los antecedentes sorprendentemente precoces de varias formas de arquitectura ceremonial y del particular sistema andino de asentamientos (*settlement pattern*), caracterizado en los numerales (1)-(3), en el Precerámico (Período Arcaico) Medio y, sobre todo, Tardío.

La mayoría de autores relaciona los orígenes del urbanismo andino con el particular tipo de asentamiento extenso que corresponde a la definición del centro ceremonial poblado. Este tipo de asentamiento con arquitectura monumental pública y reducido sector residencial asociado aparece de manera simultánea en la costa y en la sierra norte del Perú, desde el Precerámico Tardío (aprox. 2700-1800/1500 a.C.). Aislados antecedentes en el período anterior (Precerámico Medio: Dillehay *et al.* 1997) y la relación cronológica directa con el fin del proceso de domesticación de la mayoría de cultígenos insinúan que la aparición precoz de la arquitectura pública forma parte del proceso mismo de constitución de sociedades sedentarias, agrícolas (Burger 1992, 2007; Dillehay *et al.* 2004, 2005) y pastoriles (Bonnier y Rosenberg 1988) en los Andes Centrales. El papel de uso de recursos marinos, aunque importante (Chu 2008), no parece tener relevancia que le atribuía Moseley (1975, 1985). Lo demuestran tanto los estudios recientes sobre la dieta (Dillehay *et al.* 2004) como el desarrollo precoz de la arquitectura monumental en la sierra, lejos del litoral marino (Bonnier 1997; Bonnier y Rosenberg 1988; Dillehay *et al.* 2005). Cabe enfatizar que las variadas formas de arquitectura ceremonial —entre plataformas, pirámides, recintos techados y abiertos, plazas circulares, con o sin gradería, que se combinan en Caral (Vega-Centeno 2004, 2010) y deciden sobre su apariencia «urbana»— aparecen aisladas o combinadas de la forma más variada, tanto en el valle de Supe como en los valles vecinos. Para Vega-Centeno (2008b: 47), «dos recintos articulados, con accesos frontales, laterales y uno posterior, con banquetas en las zonas posterior y lateral, y con un fogón cerca de la zona frontal» suelen esconderse en un montículo artificial bajo o sobreponerse en una pirámide. La asociación con una plaza circular es frecuente. Hay, por lo menos, un asentamiento de este tipo en cada segmento del valle. Por otro lado, el número de estructuras monumentales en cada asentamiento varía entre una, la situación más frecuente (vg. Cerro Lampay: Vega-Centeno 2004, 2008b) y casi dos decenas, sin algún patrón numérico particularmente recurrente (Shady 2003a, 2003b; 2006). Como bien se ha observado (Vega-Centeno 2008a, 2008b, 2010), la variación de extensión del sitio, del número de estructuras monumentales y del volumen de muros y rellenos movilizado

durante la construcción parecen guardar relación con factores de orden heterárquico como la ubicación del centro ceremonial respecto de los caminos intervalle y de las áreas de cultivo, con la duración del uso de este espacio para reuniones de uno o varios grupos humanos, etc. El área con la comprobada ocupación doméstica es ínfima respecto del área pública de uso ceremonial, incluso en el caso de Caral que no supera el 1%. En este contexto, resulta muy probable que la extensión y la complejidad sea el resultado del crecimiento a lo largo de siglos, en el que algunas estructuras quedaron abandonadas; otras, adaptadas; otras, construidas sobre las anteriores en desuso; y otras nuevas, levantadas en espacios vacíos. Las tasas del uso simultáneo de los espacios construidos durante por lo menos los 1000 años de existencia de Caral quedan por establecer.

La introducción de la cerámica no implica cambios culturales de importancia y las tradiciones arquitectónicas originarias del Período Precerámico continúan desarrollándose hasta aprox. 800 a.C. (calib.) (Burger 1992; Donnan [ed.] 1985; Kaulicke y Onuki [eds.] 2010). Desde el punto de vista formal, todos los tipos generales de sitios con arquitectura pública, conocidos de los períodos posteriores, están representados: la estructura ceremonial aislada (Las Haldas, La Galgada y Mina Perdida), complejo de estructuras ceremoniales (Áspero, Salinas de Chao [Figura 5], Chupacigarro-Carral, Taukachi-Konkan y Kotosh) y complejo planificado y articulado alrededor de plazas y ejes de comunicación (El Paraíso y Moxeke [Figura 2]). Hay otros aspectos comparables con grandes complejos de períodos posteriores: (1) la costumbre de sepultar ritualmente edificios ceremoniales y volver a construir otros similares en la cima; (2) la extensión de hasta 220 hectáreas (vg. Caballo Muerto); (3) impresionantes volúmenes construidos en adobe y piedra (vg. Sechín Alto, 300 x 250 x 44m); (4) la decoración figurativa de las fachadas (vg. Garagay, Cerro Sechín, Cerro Ventarrón y Limoncarro), así como (5) la diversidad formal, y potencialmente funcional, de arquitectura (vg. Moxeke [Figura 2] y Huaca de los Reyes). Los datos acerca de áreas domésticas y de depósitos están sesgados, puesto que se desprenden del avance de investigaciones de campo y del estado de conservación. Sin embargo, se han documentado algunas áreas habitacionales como componente de los sitios pertenecientes a cada una de las tres categorías mencionadas: vg. Caral, Cardal, Monte Grande y Moxeke (Figura 2) (Burger 1992, 2007; Pozorski y Pozorski 1987, 1991; Tellenbach 1986). Todas estas evidencias a favor de la fecha temprana para el inicio del urbanismo *sensu stricto* en los Andes se ven contrastadas por el contexto socioeconómico. La imagen de una sociedad relativamente igualitaria y pacífica se desprende de las costumbres funerarias. Entre los hipotéticos jefes hay personajes de ambos sexos y, a veces, de edad muy avanzada para la época. El ajuar funerario enfatiza sus destrezas como chamanes o diestros cazadores y pescadores (Burger 2008; Chapdelaine y Pimentel 2008). Si bien pueden haber materias primas u objetos exóticos (conchas de *Spondylus sp.*, plumas y semillas de la selva), los ajuares de los jefes son muy modestos

en comparación con los ajuares de las élites provenientes de los períodos posteriores.

La época de la construcción de grandes centros ceremoniales que se originó en el Período Precerámico culmina de manera abrupta luego de tres mil años de vigencia en algunas zonas. Resulta paradójico que el ocaso de esta tradición acontezca en el contexto de los importantes adelantos tecnológicos, que suelen considerarse como los factores que propician la diferenciación social y la «revolución urbana» en los influyentes modelos procesuales de Steward *et al.* (1955), Childe (1974), Service (1975) o Schaedel (1978, 1980a, 1980b). A partir de la primera mitad del primer milenio a.C., aproximadamente, se intensifican de manera gradual los intercambios a larga distancia de materias primas (obsidiana, oro, *Spondylus sp.* y lana de camélidos) y de parafernalia de culto (cerámica, textiles y adornos de oro [Burger 1988, 1992, 1993]). Se difunde de sur a norte la crianza de camélidos (Uzawa 2010) y se dan los principales inventos tecnológicos en materia de textilería, metalurgia y orfebrería, cuya relevancia se aprecia en el resto de la secuencia prehispánica. No cabe duda de que la estratificación social se incrementa (vg. tumbas de Kuntur Wasi: Onuki [ed.] 1995), y los liderazgos se institucionalizan y cambian de carácter a partir de este período. Las evidencias de conflictos bélicos (armas y estructuras defensivas: Chamussy 2009; Ghezzi 2006, 2008a; Topic y Topic 1997) se vuelven notorios durante el Horizonte Temprano (Formativo Medio, aprox. 800-200 a.C.). La iconografía y los ajuares funerarios no dejan lugar a dudas de que la preparación para el combate es una de las principales condiciones para que un individuo pueda ascender en la escala social e integrar al estrato de élite (Makowski 2010). Las élites se autodefinen así mismo por sus atuendos y atributos como guerreras.

Se ha intentado correlacionar estas tendencias de desarrollo socioeconómico con la ampliación gradual del área circundante al templo de Chavín de Huántar (Burger 1992, 1993, *inter alia*) y con la aparición de sitios con arquitectura de diseño ortogonal (vg. San Diego: Pozorski y Pozorski 1987; Huambacho: Chicoine 2006, 2010) como expresiones de un urbanismo incipiente. Sin embargo, aún ha sido imposible demostrar en Chavín que los cambios mencionados se deben efectivamente al incremento de la población permanente y no, más bien, a funciones ceremoniales específicas. Campamentos de peregrinos, recintos para banquetes rituales, talleres de producción de parafernalia de culto, etc., pueden dejar vestigios similares a los de un asentamiento protourbano. En el caso de Huambacho (Chicoine 2006) y de San Diego (Ghezzi, inf. pers.), no cabe duda de que la razón de la construcción de edificios fue ceremonial. Los edificios de traza ortogonal, repetidos con variaciones y diferencias de escala, erigidos uno a lado del otro, se componen de patios con pórticos, banquetas y nichos decorativos en los muros. Las vasijas para ofrecer bebida y alimentos, y los instrumentos musicales son los hallazgos particularmente recurrentes. Es de suponer que cada edificio podía

albergar, en los días festivos, a un grupo concreto de oficiantes y participantes de rituales.

Chankillo, si bien destaca por su complejidad y envergadura, es representativo para el nuevo tipo de asentamientos con arquitectura pública que se construyen durante y luego del ocaso de Chavín de Huántar en la costa norte, al sur del valle de Moche, hasta el Norte Chico (Brown-Vega 2010). En términos generales, el asentamiento se compone de un templo fortificado en la cima de la montaña cercada con imponentes murallas concéntricas y de un gran complejo de traza ortogonal que se extiende de ambos lados de una fila de trece torres, al pie del templo. El complejo ortogonal comprende plazas y recintos con pocos espacios techados. Las investigaciones realizadas demuestran que el asentamiento, a pesar de su apariencia, fue un gran centro ceremonial en el que se realizaban varias fiestas al año e, incluso, combates rituales. Los participantes reunidos en la plazas podían participar en las ceremonias en las que se establecían fechas importantes mediante observación del desplazamiento del sol y de la luna en su salidas y puestas respecto a la línea demarcada por las torres. El templo cumplía también la función del refugio en el caso de conflictos reales y, de hecho, se clausuró cuando sus usuarios fueron derrotados, posiblemente por vecinos (Ghezzi 2006, 2008a, 2008b; Ghezzi y Ruggles 2011).

Como se ha visto, las grandes tradiciones norteñas de arquitectura ceremonial precerámica y formativa no constituyen un antecedente directo para los centros ceremoniales y *urbanos* del Período Intermedio Temprano y Horizonte Medio (200 a.C.-900 d.C.). En el norte, el ocaso de las culturas Chavín y Cupisnique implica una ruptura de continuidad cultural, que se manifiesta con particular fuerza en el diseño de arquitectura y en las técnicas constructivas. Entre los siglos II a.C. y II d.C., el patrón predominante de asentamientos es disperso, y las construcciones de probable carácter defensivo son más frecuentes que las estructuras ceremoniales. Estas últimas —generalmente y salvo excepciones (vg. Chankillo) de poca envergadura— combinan componentes de posible función ceremonial en el interior con múltiples recintos defensivos (Topic y Topic 1997). La aglomeración de Cerro Arena (cultura Salinar: Brennan 1980) constituye un caso excepcional del gran asentamiento exclusivamente habitacional con características defensivas y barrios de élite. Como se desprende de lo expuesto, entre el Horizonte Temprano y el Intermedio Temprano, en la mitad norte de los Andes Centrales, acontecen dramáticos cambios en la manera de invertir el tiempo social. La inversión en la arquitectura ceremonial disminuye drásticamente y se restringe a centros políticos principales. En cambio, se incrementa el tiempo consagrado por las poblaciones para producir materias primas y artefactos —en particular vestidos, tocados y adornos— que se consideran indispensables en la realización de rituales supracomunitarios. Estos mismos artefactos se depositan en los entierros como símbolos

de poder y eventualmente medios de su legitimación mediante la figura de la ancestralización o deificación del gobernante (Makowski 2005b, 2010). En estas mismas cuencas donde antes se construían cientos de centros ceremoniales en el fondo del valle a lo largo del río, las poblaciones (Horizonte Temprano) levantan laboriosamente murallas y recintos fortificados en las cimas de los cerros, a partir de fases finales del Período Formativo. Poca duda cabe para el autor de que el ocaso de Chavín marca un antes y un después para dos estrategias diferentes de poder. En la más antigua, relacionada posiblemente con el período mismo de sedentarización, las relaciones políticas entre grupos aldeanos se negociaban pacíficamente en medio de fiestas compartidas. Las ideologías religiosas que brindaban sustento para la convivencia esencialmente pacífica —salvo casos excepcionales como el del Cerro Sechín con las imágenes de sacrificio humano masivo— se inscribían en el paisaje mediante construcción y remodelación cíclica de centros ceremoniales. En cambio, en los períodos subsiguientes, los pobladores de aldeas construían edificios que servían de escenarios para las batallas rituales y las contiendas bélicas, así como para las ceremonias de iniciación y de instrucción de guerreros. Se ha incrementado dramáticamente la competencia entre las poblaciones vecinas por acceso a recursos, tierra, agua, áreas de caza, recolección, marisqueo y pesca, y eso explica las manifestaciones tan contundentes de la violencia institucionalizada.

En el sur, las tradiciones regionales de arquitectura monumental nacen con 2000 años de atraso respecto al norte, a partir del Período Horizonte Temprano (Silverman 2009), y se proyectan manteniendo sus características formales y funcionales hacia el Período Intermedio Temprano (equivalentes de manera aproximada al Período Formativo de la cuenca del Titicaca). Las expresiones más antiguas son las del altiplano del Titicaca (Chiripa y Pucará: Stanish 2003; Tantaleán 2010). En la costa, el centro ceremonial Las Ánimas de Ica (Paracas Cavernas, siglos IV-I a.C.) podría considerarse como antecedente de Bajo Chíncha (Topará) y de Cahuachi (Figura 1; cultura Nazca, siglos II-V d.C.). Los tres se componen de plataformas escalonadas con recintos rectangulares y espacios techados en la cima. En los tres casos hay evidencias de ampliaciones y de sepultura intencional del edificio más antiguo dentro de la plataforma que sirve de base para una estructura nueva (Gavazzi 2010). En el caso de Cahuachi (Figura 1), los constructores también modifican mediante muros de contención y rellenos el relieve natural de terreno. Silverman (1993, 2002) y Orefici ([ed.] 2009) demostraron, en sus excavaciones, que Cahuachi fue un centro ceremonial vacío o con poca población permanente (Llanos 2009), construido por el esfuerzo de varias comunidades; cada una de ellas contribuía en la ampliación de su recinto. Del mismo período se conoce una serie de sitios con arquitectura ortogonal y de gran extensión: Chongos, Paracas (54 hectáreas), Ventilla (200 hectáreas), Dos Palmas, Cordero Bajo (Massey 1986; Peters 1987-1988; Rowe 1963: pl. I; Tello y Mejía Xesspe 1979: 251-261, figs. 76, 78 y 81). Algunos de ellos son

claramente domésticos (vg. Cordero Bajo: Massey 1986), pero otros (vg. Chongos: Peters 1987-1988) parecen haber cumplido funciones públicas, ceremoniales, dadas la dimensión de recintos y las características de hallazgos. Similares tendencias aglomerativas (*nucleation*) se observan a partir del siglo II d.C. en la costa norte (Wilson 1988). Los sitios se distribuyen de manera bipolar: extensos asentamientos alrededor o al lado de los templos monumentales erigidos sobre plataformas escalonadas estuvieron localizados en el litoral, uno por valle (vg. grupo Gallinazo, Huancaco, Moche-Huacas del Sol y de la Luna [Figura 4], Huacas Cao y Maranga: Canziani 2009); aldeas, asentamientos de élite y estructuras defensivas conformaban aglomeraciones discontinuas en las laderas aterrazadas, valle adentro, cerca de las bocatomas de canales (vg. valles de Virú y Santa: Willey 1953; Wilson 1988).

La mayoría de estudiosos coincide en la opinión de que las primeras «ciudades», *sensu stricto*, aparecen en los Andes Centrales al fin del Período Intermedio Temprano y durante el Horizonte Medio (aprox. 400-1000 d.C. [calib.]) (Canziani 1992, 2009; Collier 1955; Lumbreras 1974, 1975, 1987; Schaedel 1966, 1978, 1980a, 1980b; Shimada 1994; von Hagen y Morris 1998). Entre los argumentos principales que lo respaldan se suele citar la intempestiva y generalizada aparición de grandes aglomeraciones, así como la supuesta difusión del trazo planificado. El primer argumento es convincente. Complejos de apariencia urbana y crecimiento parcialmente desordenado, compuestos de amplios núcleos de arquitectura ceremonial, de talleres de producción, de áreas de preparación de alimentos a gran escala, de depósitos, de residencias de élite y de barrios habitacionales de población dependiente (vg. Galindo, Pampa Grande, Marca Huamachuco, Cajamarquilla, Wari [Figura 3] y Tiwanaku), se construyeron con notable rapidez a partir del siglo VI d.C. (Canziani 2009; Isbell 2001; Janusek 2004; Mogrovejo y Segura 2001; Shimada 1991, 1994; von Hagen y Morris 1998). Dado el contexto de calamidades climáticas (prolongadas sequías y un mega-Niño) y de conflictos políticos, que preceden y acompañan la expansión Wari, es probable que este fenómeno constituya una respuesta a la situación de crisis política en el caso de la costa. Las aglomeraciones cercanas a las bocatomas de canales principales permitían mantener concentrada a la élite guerrera en un punto estratégico central respecto del sistema de riego y, por lo tanto, disponible para defender sus linderos.

La premisa del trazo planificado se está formulando, sin duda, a partir de la comparación implícita con el trazo de damero de las ciudades mediterráneas, construidas según el ordenamiento tradicionalmente atribuido a Hippodames de Mileto (Ward Perkins 1974) e incorporado en la teoría del urbanismo de tiempos modernos gracias, entre otros, a Vitruvio. Dado que el trazo del damero, característico para las ciudades que la Corona española funda *ab novo* tanto en la Península como en las colonias, se ha difundido en ambas Américas, numerosos investigadores (vg. Collier

1955; Hardoy 1999; Schaedel 1966, 1978, 1980a, 1980b) lo consideran una característica inmanente de toda ciudad, no obstante que este tipo de trazo no se manifiesta en las ciudades que hayan conocido una evolución larga (vg. Uruk, Roma, Atenas, Sevilla y tantos otros casos de ciudades medievales: Buko y McCarthy [eds.] 2010). Por el contrario, en los casos citados del urbanismo evolutivo y en tantos otros más, las aglomeraciones urbanas con calles estrechas y sinuosas suelen crecer de manera más o menos caótica, limitadas solo por las áreas públicas y, eventualmente, por el cinturón de murallas.

Según la traza ortogonal como supuesta propiedad de todo asentamiento urbano, el criterio de planificación resulta, a nuestro juicio, inaplicable a los contextos andinos por varias razones, tanto empíricas como teóricas. En primera instancia, ninguno de los asentamientos considerados urbanos que cuentan con varias fases ocupacionales sobrepuestas, correspondientes a más de un período en la secuencia regional, ha mostrado evidencias de que haya existido un plano regulador inicial y que este haya condicionado la organización espacial del asentamiento. Durante décadas se ha mantenido vigente, en la arqueología andina, la hipótesis de que ambos imperios, el hipotético wari y el inca, fundaron capitales y centros administrativos de carácter urbano según una traza ortogonal similar a las fundaciones españolas (Hyslop 1990; Isbell 1988, *inter alia*; Schaedel 1978, 1980a, 1980b).

La hipótesis no se ha confirmado en las posteriores excavaciones en área, iniciadas en los mencionados centros. Se ha descartado la posibilidad de que la apariencia planificada de los asentamientos de la costa norte —vg. Galindo, Pampa Grande, Pacatnamú y Chanchán (Bawden 1982; Campana 2006; Donnan y Cock [eds.] 1986; Moseley y Cordy-Collins [eds.] 1990; Shimada 1994)— y de la costa central —vg. Cajamarquilla y Pachacamac (Figura 6)— se haya originado con su fundación por los hipotéticos constructores huari. En ciertos casos (vg. Pachacamac: Makowski [ed.] 2006, 2008, 2010, 2011), esta apariencia es el resultado de la intervención inca; en otros, obedece a cánones claramente locales, previos o posteriores al Horizonte Medio 2 (vg. Cajamarquilla: Mogrovejo y Makowski 1999; Mogrovejo y Segura 2001; Narváez Luna 2006). Se ha puesto incluso en tela de juicio de manera justificada el origen huari de la traza de algunos complejos urbanos de la sierra norte (vg. Marcahuamachuco: Topic 1991; Topic y Topic 2001; Honcopampa: Tschauner 2003). Por otro lado, tanto en las tradiciones regionales como en las tradiciones imperiales, los principios de la planificación que se registran empíricamente carecen de parecido con las reglas y procedimientos que rigen en el urbanismo moderno. En el urbanismo occidental con indudables orígenes grecorromanos, las calles como ejes de comunicación entre zonas residenciales y de producción, por un lado, y las áreas públicas articuladas alrededor de las plazas, por el otro, se constituyen, así mismo, en ejes naturales de planificación.

En cambio, en el urbanismo andino del Horizonte Medio y de los períodos tardíos, la apariencia planificada se crea, por lo general, cuando se construyen secuencialmente, uno a lado de otro, recintos amurallados. La complejidad comprendida en el interior de los recintos varía regional y temporalmente. Las cercaduras en la costa norte, ciudadelas como las de Chanchán y las canchas en la arquitectura inca (Hyslop 1990) pueden citarse entre los ejemplos mejor conocidos. En la mayoría de casos, cada recinto es independiente del otro en cuanto a su traza y orientación precisa. Los recintos difieren también uno del otro en tamaño y en organización espacial interna. No obstante, debido a su traza cuadrangular y, a veces también posiblemente, a los coincidentes principios de orientación astronómica para algunos edificios (vg. Chanchán: Sakai 1998; Tiwanaku: Benitez 2009), se crea la impresión falsa de un ordenamiento espacial preconcebido. No obstante, en todos los casos paradigmáticos de las grandes capitales prehispánicas estudiadas por medio de excavaciones en área como Chanchán (Campana 2006; Kolata 1982, 1990), Tiwanaku (Vranich 2006, 2009), Wari (Figura 3; Isbell 2001, 2004, 2009; Ochatoma y Cabrera 2010) y Pachacamac (Figura 6; Eeckhout 1999, 1999-2000, 2004a, 2004b; Makowski [ed.] 2006, 2008, 2010, 2011), los recintos, o patios sobre plataformas, como en el caso de Tiwanaku, se construían rápido y se usaban durante un tiempo relativamente corto; posteriormente se volvían a construir nuevos, a lado o encima de los anteriores. Es cierto también que la mayoría de los centros administrativos provinciales huari como Pikillacta (McEwan [ed.] 2005), Viracochapampa (Topic 1991), Azángaro (Anders 1986, 1991) o Jincamocco (Schreiber 1992) fueron edificados según un diseño previamente concebido, diáfano en su rigurosa geometría y en la lógica de combinaciones de formas arquitectónicas. Es más, tanto la traza marcada en el terreno para la edificación posterior de muros como los edificios en diferentes etapas de avance de la construcción, nunca terminada, se han conservado bien (McEwan [ed.] 2005; Topic 1991). Isbell (2004, 2006) ha propuesto que la planificación se organizaba respecto a la traza del patio central. A la unidad patio central se adosaban unidades cuadrangulares similares. A su vez, McEwan ([ed.] 2005) ha demostrado que los constructores combinaban un repertorio reducido de formas arquitectónicas techadas para organizar el espacio interno de las unidades-patio adosadas una a la otra. Anders (1986, 1991) ha sugerido para Azángaro que ideas cosmológicas muy complejas, que incluían conteos calendáricos, se materializaban en el número y en la ubicación simétrica de ambientes. Cabe poner énfasis, sin embargo, en el hecho de que todos los centros administrativos huari son diferentes en tamaño, organización e, incluso, en las formas de sus unidades modulares, techadas y abiertas (Schreiber 1992; Schreiber y Edwards 2010). Algunos de ellos, como Conchopata (Isbell 2001) o Cerro Baúl (Nash y Williams 2005; Williams *et al.* 2008), carecen de traza claramente planificada. Por otro lado, llama atención el hecho de que las calles, cuando existen como en Huari (Figura 3) o Pikillacta, no se configuran en ejes de comunicación

y de acceso a las numerosas residencias. Todo lo contrario, se trata de vías amuralladas que separan dos complejos que comprenden plazas y patios internos, y permiten acceso a un tercero y eventualmente a algunos más. Da la impresión de que la intención de los constructores ha sido encauzar al movimiento de gente hacia un espacio arquitectónico concreto, en lugar de crear un verdadero eje de comunicación entre múltiples espacios urbanos. Esta particularidad no es exclusiva del urbanismo huari. La observamos también en arquitectura inca (vg. Pachacamac [Figura 6]: Makowski 2006a, 2006b, 2008b). Recientemente, Campana (2006: 156, fig. 124) ha llamado la atención sobre el hecho de que varias vías paralelas se dirigen hacia el núcleo monumental de Chanchán desde el este y desde el norte. Es notorio, sin embargo, que estas vías no organizan ni la arquitectura de recintos-ciudadelas, ni la de tipo residencial intermedia (SIAR), como ocurre en la ciudades del Mediterráneo o en Teotihuacan.

En todos los casos en que los sectores residenciales estuvieron visibles sobre la superficie o se excavaron en área, en las zonas contiguas a complejos monumentales cercados, resultaba notorio que la arquitectura doméstica, tanto en el Horizonte Medio como en los períodos tardíos, no estuvo planificada en el sistema de damero, ni tampoco se distribuía a lo largo de calles. Todo lo contrario, en la Huaca de la Luna (Figura 4; Chapdelaine 2002, 2003), Galindo (Bawden 1990), Pampa Grande (Shimada 1994), Tiwanaku (Aldenderfer [ed.] 1993; Aldenderfer y Stanish 1993; Bermann 1994; Couture 2003; Escalante 2003), Chanchán (Topic 1990), Pueblo Viejo-Pucará (Figura 7; Makowski 2004; Makowski *et al.* 2008a; Makowski y Ruggles 2011), para citar solo algunos de los ejemplos mejor estudiados, las casas habitacionales conformaban unidades-patio aglutinadas o diseminadas. Por lo general, da la impresión de que nunca se ha impuesto una planificación de conjunto o por barrios como se observa en los complejos monumentales cercados. Las orientaciones de cada unidad pueden variar adaptándose al relieve de terreno. En Chanchán, por ejemplo, no se percibe ningún tipo de asociación preferente con un eje de comunicación o con las «ciudadelas» o con «recintos de élite» secundarios. Resulta particularmente ilustrativo que la única calle en el complejo urbano de la Huaca de la Luna (Figura 4) separa la zona contigua al templo, de carácter ceremonial, del área residencial y de producción. A los grupos de casas se accede por medio de callejones sin salida que terminan en pequeños patios que dan acceso a unidades de vivienda (Chapdelaine 2002, 2003).

Últimamente, Gavazzi (2010) ha sugerido de manera coincidente con nuestros planteamientos (Makowski 1996, 2002) que la organización del espacio en la arquitectura andina obedece a fundamentos conceptuales diametralmente distintos en comparación con la arquitectura occidental y con sus orígenes en la antigüedad clásica. A decir de Gavazzi (2010), la concepción del espacio arquitectónico, en general, y del espacio urbano, en particular, en la tradición occidental es antropocéntrica. La ciudad

está concebida como el lugar de residencia sustraído del paisaje circundante y separada de él por murallas, por *pomoerium*, y por cinturón de jardines, dramáticamente opuesto al ámbito aldeano. La oposición entre la ciudad y su contorno natural se materializa con particular nitidez en el caso de cascos previamente planificados. El arquitecto sustrae del entorno natural, considerado salvaje y desordenado, una porción del espacio a la que impone el orden distinto, civilizado, y crea ejes de comunicación y de percepción visual nuevos, previamente inexistentes. En la ciudad occidental, todas las orientaciones y sistemas de comunicación están supeditadas a facilitar las relaciones interhumanas, incluyendo las del poder. Las calles principales convergen en la plaza o las plazas, donde se concentra la arquitectura pública que comprende edificios seculares (vg. palacio municipal, *boulé*) y espacios religiosos, templos y altares.

En cambio, los complejos urbanos andinos se rigen por una organización cosmocéntrica (Gavazzi 2010). Para su fundación se escoge lugares variados, casi siempre fuera del área cultivable. Algunas de las locaciones sorprenden al visitante europeo por su inaccesibilidad (vg. Machu Picchu y Choquequirao) o por inhospitalidad aparente del entorno natural (vg. Tiwanaku y Huánuco Pampa). Otro aspecto llamativo es la frecuente ausencia de articulación clara entre edificios y grupos de construcciones. A menudo, cada edificio parece ser y es independiente de los demás. Cuando se trata de un espacio arquitectónico de carácter público, las investigaciones específicas suelen revelar que las orientaciones de las principales ejes visuales apuntan hacia las salidas o puestas heliacales de sol, luna y algunas constelaciones, como las Pléyades o el α y β *Centauri*, o hacia picos montañosos, abras, nacientes de ríos, fuentes, rocas de forma particular, visibles en el horizonte, etc. (vg. Bauer y Dearborn 1995; Benitez 2009; Ghezzi y Ruggles 2011; Janusek 2010; Makowski y Ruggles 2011). Por ende, la razón de alinear construcciones no se desprende del imperativo de correlacionar un edificio con otro mediante ejes e, incluso, ilusiones visuales como ocurre en el urbanismo occidental, regido por principios antropocéntricos, sino que se trata de integrarlas con el espacio natural circundante, incluyendo el cielo nocturno. A las conclusiones muy similares a las de Gavazzi (2010) llegó recientemente Janusek (2010: 55) para el caso concreto de los asentamientos de la cuenca del Titicaca: «El crecimiento urbano de Tiwanaku no fue similar al del urbanismo occidental, en abstracción y en desmedro del contexto ambiental adyacente. La intención de los constructores fue reproducir los componentes del paisaje animado que podrían darles la oportunidad de controlar o por lo menos influenciar las fuerzas de la naturaleza». Por otro lado, «En la percepción de gobernantes y de los súbditos, el bienestar social y la legitimidad del poder dependían de fuerzas y ciclos naturales perceptibles por medio de sus manifestaciones en el cielo (astros) y en la tierra (rasgos del paisaje natural, ritmo estacional). Mantener vigentes estos ciclos y animar estas fuerzas se constituía en un imperativo político primordial» (Janusek 2010: 40).

El tema de la planificación de los asentamientos urbanos y de la función de la arquitectura pública, sin cuya presencia los sitios no merecerían nombre de ciudades, guarda relación con dos otros paradigmas polémicos en los que se sustenta la mayoría de propuestas procesuales. Uno de ellos concierne al supuesto carácter secular de toda sociedad urbana; y el otro, al hipotético carácter universal del binomio templo-palacio, el templo con la obligada forma piramidal en oposición a la extensa planta horizontal y ortogonal del palacio. Desde los escritos de Collier (1955), Schaedel (1966) y Lumbreras (1974, 1987) hasta los estudios presentes se mantiene vigente la idea de que el surgimiento de la ciudad y del estado implica el avance de la secularización. La ciudad reemplazaría —se supone— al centro ceremonial; el palacio, al templo. Se creía, así mismo, que la gran transformación de este tipo en los Andes ocurrió en los períodos posformativos. En actualidad, muchos investigadores (vg. Rappaport 1999), incluyendo al autor (Makowski 2000, 2002, 2005a, 2005b, 2008a, 2008b, 2010), consideran que la idea de secularización se basa en la generalización de las características sociales y políticas de la modernidad, que se extrapolan de manera mal justificada hacia las sociedades preindustriales. En esta misma dirección apuntan las investigaciones de Janusek (2010, *inter alia*) y de Gavazzi (2010), y la mayoría de estudios serios sobre el sistema del poder y el urbanismo en el Tawantinsuyu. En términos empíricos, los partidarios de modelos procesuales suelen considerar que las pirámides escalonadas, y eventualmente las plataformas simples o compuestas de varias terrazas, poseen siempre funciones ceremoniales, mientras que las construcciones planificadas de traza ortogonal, extendidas horizontalmente, tienen carácter secular y se destinaban para servir de residencias de élite o para utilizarse en funciones de carácter administrativo, desligado de culto.⁶

La validez de estas premisas no se ha comprobado en las excavaciones de ninguno de los complejos urbanos. Bastan solo algunos casos para comprobarlo. Por ejemplo, las tres capitales regionales del Período Intermedio Tardío en la costa norte presentan las siguientes características: Sicán-Batán Grande (Shimada 1995) está compuesto de grandes pirámides dispersas con entierros de familias reales; Túcume (Heyerdal *et al.* 1995) es un conjunto aglutinado de estructuras piramidales con arquitectura intermedia; y Chanchán tiene diseño planificado de trazo ortogonal. Según la interpretación bien fundamentada de Moseley, Conrad (Moseley y Cordy-Collins [eds.] 1990; Moseley y Day [eds.] 1982) y Topic (1990; Topic y Moseley 1983), el sector residencial de Chanchán, caracterizado por un crecimiento desordenado, agrupaba

⁶ Por ejemplo, esto lo demostrarían los estudios sobre Caral (pirámides-templos y estructuras ortogonales-residencias de élite: Shady 2003a, 2006) o sobre Chanchán («ciudadela»-palacios-centros administrativos, y plataformas como la Huaca del Dragón consideradas templos: Kolata 1990; Campana 2006, *inter alia*).

casas, talleres y otras áreas de servicios de templos y de palacios. Las «ciudadelas palacios» se convertían en santuarios de culto funerario después de la muerte del soberano. El trabajo de los artesanos y de los agricultores, residentes en Chanchán y fuera de él, estaba destinado, en buena medida, a cubrir las necesidades rituales de la capital. Varios segmentos de la arquitectura palaciega de Chanchán se repiten en los centros administrativos de provincias (vg. Manchán y Farfán: Mackey 2006; Moore y Mackey 2008), particularmente estos que podrían relacionarse con el cobro de impuestos (recintos, *audiencias* y depósitos) y con las ceremonias de calendario religioso estatal. La imagen de Cuzco, esbozada por los cronistas, no parece muy distante: palacios de los linajes (*panacas*) reales, dedicadas al culto de las momias de sus fundadores; y mausoleos y templos, distribuidos alrededor de dos plazas, conforman el núcleo monumental, rodeado de terrazas de cultivo y aldeas dispersas. Cuzco fue, así mismo, el corazón del sistema centralizado de culto estatal (Bauer 2004), cuyas funciones profanas y religiosas estuvieron entrelazadas. Lo sugiere no solo la importancia política del *sistema de ceques* que sacraliza el entorno geográfico de la capital (Bauer 1998; Zuidema 2010). Además, en los grandes centros administrativos de provincias (vg. Huánuco Pampa y Pumpu: Morris y Thompson 1985; Matos 1994), unidos por el gran camino *Capac Ñan*; en los centros administrativos secundarios, en las residencias de los incas (vg. Vilcashuamán y Machu Picchu: Burger y Salazar 2004) e, incluso, en los *tambos*, la plaza con el adoratorio-*ushnu* conforma el elemento central del complejo arquitectónico. Su planificación, siempre adaptada a la morfología y, por lo tanto, única e irrepetible, puede adoptar esquemas de cuadras, de ejes radiales, y hacer coincidir los contornos del núcleo monumental con la forma de un animal mítico (Gasparini y Margolis 1980; Hyslop 1990; Kendall 1985). Los principales ejes visuales demarcados por la arquitectura monumental apuntan a rocas, apachetas, *sucancas*, picos y lagunas, así como a salidas y puestas del sol en cénit, nadir, solsticios y equinoccios (Bauer y Dearborn 1995; Pino Matos 2010; Ziegler y McKim Melville 2011; Ziólkowski y Sadowski 1992). Las razones de la elección no son pragmáticas y tienen que ver con la ubicación del asentamiento respecto a los lugares sagrados y a los caminos ceremoniales.

El debate desarrollado a partir de las excavaciones sistemáticas en la arquitectura monumental de los períodos tardíos ha puesto en evidencia la dificultad de aplicar términos y definiciones de las formas de arquitectura vigentes en la tradición moderna occidental a la realidad andina (Makowski y Hernández 2010). Ello concierne, en primera instancia, a la posibilidad de asignar la función de palacio o, por el contrario, templo a partir de la forma del edificio (Eeckhout 1999, 1999-2000, 2003; Isbell 2004). Como se ha visto líneas arriba, es cierto que en los períodos tardíos se construyen estructuras de gran envergadura y complejidad de trazo, destinados esencialmente para que los representantes de élite y el (los) gobernante(s) supremo(s) aparezcan en público

durante las ceremonias. A diferencia de los templos de los Períodos Arcaico y Formativo, estas edificaciones, que implicaron la inversión de notable cantidad de trabajo social, no crecieron durante siglos, mientras que inscribían en el paisaje la marca del prestigio de la comunidad, sino que se construyeron, usaron y abandonaron en un tiempo breve, de una o pocas generaciones, dado que fueron dedicados a la gloria de un solo linaje. En varios casos, como en Batán Grande (Shimada 1995) o Chanchán (Pillsbury y Leonard 2004), se ha comprobado que en estas mismas construcciones se sepultaba a gobernantes supremos y se realizaba su culto póstumo, que se hallaba a cargo de los miembros sobrevivientes del linaje. Numerosos investigadores (Christie y Sarro [eds.] 2006; Evans y Pillsbury [eds.] 2004; Pillsbury 2004) han considerado apropiado llamar a estos edificios «palacios», un término nuevo en la arqueología andina. No obstante, no hay que perder de vista que en la idiosincrasia andina el paisaje animado es el escenario de los rituales. Este no se circunscribe para nada a templos y plazas al interior de una urbe como ocurrirá luego de la conquista española (vg. Swenson 2003 para el caso Moche; Bauer 1998; Zuidema 2010, *inter alia*, para el caso de Cuzco inca). En el paisaje se inscriben, por igual, espacios ceremoniales destinados al culto de soberano vivo o muerto y de las *huacas*, deidades y ancestros de múltiples rangos y orígenes (véase, Dillehay 2004, 2007; Silverman 2002).

6. Pachacamac y el urbanismo inca en el valle de Lurín

Los polémicas recientes sobre las características arquitectónicas de Pachacamac (Figura 6) en el contexto de las investigaciones sobre los asentamientos del Horizonte Tardío que se desarrollaron en las últimas dos décadas en el valle de Lurín ilustran bien el punto de vista que se presenta aquí. Gracias al cúmulo de relatos españoles del siglo XVI (Ravines s.f.; Rostworowski 1992) y de las investigaciones arqueológicas al interior del área monumental relativamente bien conservada, Pachacamac es y ha sido siempre considerado una referencia obligada para definir tanto a la capital de un curacazgo andino, con sus templos y palacios de élite (Eeckhout 1999, 2008; Tello 1960; Uhle 2003), como al tipo de casco urbano planificado por los constructores huari e inca (Patterson 1966: 16; Shimada 1991) y al centro ceremonial poblado (Makowski [ed.] 2006, 2008; Ravines s.f.; Rostworowski 1992: 78-87). Dado que el sitio adquiere características monumentales durante la fase Lima Medio (Patterson 1966; Shimada 1991, 2007), alrededor de los siglos V y VI d.C., el tiempo en el que permanece en uso continuo o con ciertos hiatos es similar al del caso de Chupacigarro-Caral, es decir, aproximadamente 1000 años.

Las excavaciones recientes (Eeckhout 1999, 2008; Makowski [ed.] 2006, 2008, 2010, 2011; Ramos y Paredes 2010; Shimada *et al.* 2004) han puesto en evidencia que la

apariencia monumental que el santuario de Pachacamac tiene en actualidad se debe esencialmente a la muy intensa actividad constructiva durante el Horizonte Tardío. Las edificaciones incas no se limitan, como se creía anteriormente, a la Pirámide del Sol–Templo de Punchao, a la Plaza de los Peregrinos, al acclahuasi y al Palacio de Taurichumbi (Eeckhout 1999; Ravines s.f.), sino que comprenden también las calles, murallas perimétricas y varios recintos rectangulares con pirámides con rampa. Es menester observar que la apariencia planificada se debe justamente a la presencia de calles y murallas. Tres calles, una N-S y dos E-W, se cruzan en ángulo recto. Una imponente muralla perimétrica, conocida como la «Segunda Muralla», orienta el acceso al complejo monumental desde el valle hacia dos portadas, vecinas una de la otra. A este mismo proyecto corresponde la Tercera Muralla, un corto segmento de muro de adobes con una amplia portada reforzada de un lado con un saliente a manera de «bastión» que da hacia el interior (Guerrero ms.). El espacio entre las dos murallas se consideró urbano desde los trabajos pioneros de Uhle (Shimada 1991). No obstante, a la luz de las excavaciones de Guerrero (ms.) y Makowski (Makowski [ed.] 2006, 2010, 2011), esta hipótesis debe descartarse: en lugar de la traza urbana, en el área se han encontrado campamentos para los trabajadores de la construcción, talleres de producción de adobes y de bloques de revestimiento de piedra, y áreas de producción artesanal, posiblemente de parafernalia de culto. El área se utilizó exclusivamente durante el Horizonte Tardío, cuando se construyeron las murallas.

La primera muralla que cerca parcialmente la Pirámide del Sol, el Templo Pintado, la plataforma de Uhle y el Templo Viejo ha sido construida también en el Horizonte Tardío, probablemente al final del período, a juzgar por la estratigrafía. Las características de sus vestigios en varios tramos excavados de lado sur indican, con claridad, que el proyecto nunca se terminó. Ha quedado definitivamente descartado que haya existido algún antecedente de esta muralla de lado del litoral marino en la época previa a la conquista inca (Makowski [ed.] 2010, 2011). Ello implica que no se puede hablar de un recinto sagrado —*témenos*— como un espacio particular, delimitado por rasgos arquitectónicos.

De acuerdo con los resultados de las excavaciones de Eeckhout (1999, 2008, *inter alia*) y Makowski (Makowski [ed.] 2006, 2008), las pirámides con rampa y los amplios recintos cercados del Período Ychsma Tardío se edificaron uno tras otro, y varios de ellos estuvieron en uso intensivo y ordenado por un lapso de tiempo corto. Luego venía un período de paulatino abandono. El sistema de acceso a la arquitectura monumental de Pachacamac desde el valle fue creado y luego modificado durante el Período Ychsma Tardío (Vallejo 2004), el que corresponde parcial (Eeckhout 1995, 1999-2000; Feltham y Eeckhout 2004) o totalmente (Makowski *et al.* 2008b; Ramos y Paredes 2010) al Horizonte Tardío. En todo caso, la presencia de material del Horizonte Tardío en los

cimientos y sobre estéril, las características de los pisos y canales asociados dejan poco lugar a dudas sobre el hecho de que ambas entradas monumentales y, por ende, también las murallas en las que se abren se edificaron por iniciativa de la administración inca. La más antigua de las dos entradas da acceso a la calle N-S, que corre entre dos murallas laterales. Estas murallas corresponden a recintos rectangulares que rodean los patios con las pirámides con rampa colindantes de ambos lados de la vía N-S. Su aparejo es uniforme y coincidente con el de las portadas y el de la Segunda Muralla. La estratigrafía de la portada sugiere que las pirámides con rampa cuyas murallas perimétricas bordean a la avenida N-S de lado este se construyeron antes de la calzada. En cambio, las Pirámides con Rampa N.^{os} 1 y 4, cuyo muro perimétrico delimita la calle desde el oeste, forman parte del mismo proyecto que la traza de la avenida. Desde la publicación de los trabajos de Uhle, se ha asumido que la calle N-S se cruza con su similar de orientación E-W, de manera similar a como lo hace el *cardo* con el *decumanus* en las ciudades planificadas romanas. Se ha considerado también (Eeckhout 2008; Patterson 1966: 115) que esta misma calle fue la principal avenida ceremonial que orientaba el flujo de visitantes desde el ingreso por las portadas de la Tercera y la Segunda Muralla hasta recinto sagrado de los templos y la Plaza de los Peregrinos. No obstante, y de manera contradictoria con esta hipótesis, el mismo Uhle (plano adjunto) publicó, en su gran plano de Pachacamac, el dibujo de la depresión de una cantera antigua y de desmontes en el lugar, llamado por él, *Western Street*. Como en la contemporánea Cajamarquilla (Mogrovejo y Makowski 1999), también en Pachacamac se observa la presencia de amplias depresiones de paredes abruptas y de cientos de metros cuadrados de superficie que se encuentran entre edificios monumentales. Al parecer, el efecto estético no era tan importante como el ahorro del tiempo que se conseguía al evitar el transporte de arcilla para adobes o tapiales, o de piedras para el revestimiento. La depresión impide que la calle N-S avance en dirección del Templo Viejo.

A diferencia de la *Eastern Street* que tuvo calzada bien conservada y el recorrido recto, encauzada por dos murallas paralelas y con entradas a los patios de varias pirámides con rampa, la *Western Street*, en los tiempos de Uhle y hoy, se compone de espacios irregulares con montículos de desmonte y de basura orgánica, acumulada en la antigüedad entre muros traseros ciegos. La supuesta calle no conduce a ningún lugar. Lo observó bien Ravines (s.f.). Su superficie actual se encuentra más de tres metros por debajo de la calzada del cruce entre la calle N-S y la *Eastern Street*, y coincide con el fondo de la cantera. Por lo tanto, resulta claro que nunca se ha pensado ordenar el espacio de Pachacamac con el trazo de dos avenidas principales. En lugar de continuar hacia el Templo Viejo, hacia una plaza contigua (la de los Peregrinos), la calle N-S dobla en ángulo recto con el fin de asegurar el acceso a la Pirámide con Rampa N.º 2 (Franco 1998; Paredes 1988; Ramos y Paredes 2010). La avenida brinda también acceso lateral a

otras pirámides con rampa como las N.^{os} 1 y 12.

Otra vía, paralela a la calle E-W, se trazó a lo largo de la Segunda Muralla, en la parte externa de esta, pero nunca se llegó a terminar. Parece que corresponde al mismo proyecto que la vecina Pirámide con Rampa N.^o 8. Al final del Horizonte Tardío, después de un movimiento sísmico que destruyó parte de las murallas laterales de la vía, el acceso a la avenida fue clausurado y ocupado por las estructuras de los campamentos y talleres adyacentes a la Pirámide con Rampa N.^o 8, que acababa de construirse. En su lugar se había construido una amplia portada alineada, por un lado, con la portada que se abre en la Tercera Muralla y, por el otro, con la Pirámide con Rampa N.^o 1. Esta última portada se comunica con amplios patios cercados ubicados frente a las Pirámides con Rampa N.^{os} 1 y 4.

Como se desprende de lo expuesto, Pachacamac carecía de traza planificada antes del Horizonte Tardío y su organización del espacio cambiaba de manera dramática de un período a otro. A fines del Intermedio Tardío, el paisaje de Pachacamac estuvo dominado por el volumen de la Pirámide con Rampa N.^o 3 (Eeckhout 1995, 1999, 2003), mucho más imponente que el Templo Pintado. Este último templo adoptó la forma escalonada en su fachada conservada, que data del Horizonte Tardío y está decorada con pinturas murales. El edificio reutiliza la pendiente de la pirámide lima —conocida como Templo Viejo— como si esta fuese un montículo natural (Franco y Paredes 2001; Paredes 1985). Durante el Intermedio Tardío el Templo Pintado era una plataforma relativamente modesta. En el espacio entre la Pirámide con Rampa N.^o 3 y el Templo Pintado había otras construcciones de menor envergadura, cuyos muros se encuentran hoy debajo de las construcciones del Horizonte Tardío (Pavel Svendsen 2011), así como núcleos funerarios (Shimada *et al.* 2004). Es de suponer que cada estructura contaba con un sistema de ingreso independiente de las demás, dado que no se ha probado la existencia de vías monumentales de acceso como en el Horizonte Tardío. La cronología de vestigios del Intermedio Tardío claramente preinca es materia de estudios recientes, aún inéditos.

La organización espacial de Pachacamac en el Intermedio Temprano y al inicio del Horizonte Medio no guarda ninguna relación con la del Intermedio Tardío: la pirámide del Templo Viejo domina al paisaje y diversas construcciones menores de traza ortogonal están dispersas alrededor de la laguna Urpahuachac (Shimada 2007). Por lo visto, no hay ninguna relación de continuidad entre la organización espacial de la arquitectura monumental en los tres períodos. Cabe enfatizar que, al parecer, la apariencia de una «ciudad sagrada» se forma, en Pachacamac, gracias a la superposición de la traza planificada inca —con las murallas, grandes plazas cercadas y avenidas delimitadas por otras murallas laterales— sobre los vestigios en ruinas de arquitectura de adobe de los

períodos anteriores. Esta impresión aumenta gracias a las extensas áreas de campamentos y de basurales con desperdicios dejados tanto por los constructores como por los peregrinos. El Pachacamac preinca guarda cierto parecido con Caral-Chupacigarro, debido tanto a la dispersión relativamente desordenada de edificios piramidales sobre una meseta arenosa que domina el valle como a la presencia de estructuras ortogonales de crecimiento horizontal en la cercanía de las pirámides.

En los últimas dos décadas se ha demostrado que los asentamientos prehispánicos prospectados que los investigadores asignaban inicialmente al Intermedio Tardío (Eeckhout 1999; Feltham 1983), debido a las características locales y no cuzqueñas de su arquitectura, y la recurrencia de la cerámica utilitaria del Ychsma Tardío, fueron construidos, en realidad, por la iniciativa de la administración inca (Álvarez-Calderón 2009; Feltham y Eeckhout 2004; Makowski *et al.* 2008b; Pavel Svendsen 2011; Ramos y Paredes 2010). Como en Pachacamac o en Túcume, los obreros de origen local usaron sus conocimientos para cumplir con las obligaciones impuestos en la *mit'a* y construir residencias para curacas y poblaciones privilegiadas, lugares de reunión, depósitos y templos. La mayoría de estos edificios conservaba características regionales como, por ejemplo, la recurrencia de las plataformas con rampa (a los que se suele incluir en la categoría formal de «pirámides con rampa» de manera independiente de su tamaño: Eeckhout 1999), hecho del que se ha derivado la confusión cronológica inicial. La consecuencia de la revisión de la cronología ha tenido serias repercusiones para la comprensión del carácter de la presencia inca en el valle de Lurín. En la actualidad, resulta claro que la administración imperial promovió trabajos de construcción a gran escala que transformaron el paisaje del valle, creando nuevos asentamientos o transformando por completo los antiguos.

Pachacamac es, por supuesto, el asentamiento con mayor extensión y envergadura de edificaciones en todo el valle. Es posible que todos los otros asentamientos del Horizonte Tardío registrados en la cuenca de Lurín cupieran dentro del área delimitada por sus murallas. No obstante, no se ha encontrado hasta el presente barrios con la arquitectura residencial destinada para la población permanente. Solo el «Palacio de Taurichumbi» y algunas estructuras dispersas en la parte oriental pudieron haber cumplido funciones residenciales de élite. Los recintos con las pirámides con rampa, en uso durante el Horizonte Tardío, estuvieron destinados a ser lugares de encuentro para numerosos grupos de visitantes. Algunos de ellos traían bienes alimenticios y otros productos como tributos u ofrendas; estos bienes se depositaban en amplios depósitos que suelen ocupar la parte trasera de las pirámides. La presencia de cocinas y de gran cantidad de fragmentos de cerámica utilitaria relacionada con la preparación y el expendio de chicha (Feltham y Eeckhout 2004) sugiere que se organizaban agasajos. Por su lado, numerosas ofrendas (pagos) depositadas en hoyos (Farfán 2004), así como la frecuente

reutilización de depósitos como lugares de entierro, brindan pruebas del carácter sagrado de estos espacios arquitectónicos. En un caso, un templete (Templo del Mono) se adosa a la Pirámide (N.º 3). La ubicación privilegiada de las Pirámides con Rampa N.ºs 1, 2, 4 y 12 con sus extensos patios respectivos, a los que se puede acceder desde las portadas en las murallas perimétricas de Pachacamac directamente (como las N.ºs 1 y 4) o por medio de la vía monumental de acceso (como las N.ºs 2 y 12), no deja lugar a dudas que estas han sido las edificaciones previstas para la recepción de visitantes que ingresaban al santuario de lado del valle.

Todas las pirámides con rampa registradas (Eeckhout 1999, 1999-2000) difieren, una de la otra, en diseño general y en la distribución de sus ambientes techados y abiertos, así como de sus depósitos. Sin embargo, todas las edificaciones de esta clase reproducen con variantes la misma idea general de organización funcional de espacios. Los ambientes techados de carácter monumental suelen distribuirse en la plataforma más elevada y estar separados de la zona de depósitos. El núcleo central de cada edificio está constituido por una plataforma o varias plataformas escalonadas e intercomunicadas por una rampa central. El conjunto está cercado por alto muro perimétrico. Se forma así frente a la plataforma un amplio patio que, por lo general, cuenta con un solo ingreso. Resulta claro de esta descripción que se trata de edificios que proporcionan un marco casi teatral a las reuniones multitudinarias de gente con un claro énfasis en las diferencias de estatus tanto por medio de podios y plataformas como de pórticos que servían para proteger del sol a algunos de los participantes. Por otro lado, es recurrente una organización de espacio que podría insinuar organizaciones duales de poder, tan comunes en la costa central (Rostworowski 1983): dos pirámides dentro del mismo recinto con orientaciones diferentes (N.ºs 1 y 4), dos patios y dos plataformas (N.ºs 1 y 2). Esta clase de organización dual se observa en edificios de mayor envergadura.

Resulta también bastante claro que, durante el Horizonte Tardío, varios recintos estuvieron en uso simultáneo e, incluso, contaban con una vía de acceso común: el circuito de las calles N-S y E. Hay que recordar también que no todos los recintos cuadrangulares cuentan con pirámides con rampa. Su uso parece ser, por lo tanto, diferenciado entre un caso y otro. Sin embargo, todas estas observaciones llevan a una sola conclusión: los recintos monumentales de traza ortogonal de Pachacamac se concibieron para constituirse en destinos para grupos humanos de diferente procedencia y estatus. Es posible también que la razón de la presencia de cada grupo no haya sido la misma. Sospechamos por los contextos hallados por Eeckhout (1999, 2004a, 2004b), Farfán (2004), Franco (1998), Ramos (inf. pers.) y Paredes (1988) que había tareas diferenciadas para grupos de alfareros, productores de chicha, pastores de camélidos que cuidaban animales y los seleccionaban para sacrificio, etc. La compleja arquitectura organizaba los movimientos de la gente de acuerdo con su origen de una provincia,

mitad, parcialidad e, incluso, *ayllu*, y según tareas específicas.

Por otro lado, el autor concuerda con Eeckhout (1999, 2004b) en que Pachacamac es el escenario de una febril actividad constructiva. No se dispone aún de la cronología fina de Ychsma Medio y Tardío para tener una visión de consenso en cuanto a la secuencia de crecimiento de Pachacamac y la historia de cada edificio. En todo caso, resulta muy probable que cada Sapán Inca haya promovido la construcción de edificios o vías concretas. Hay que tomar también en cuenta la posibilidad de que los cambios en las relaciones de poder entre los curacas y grupos étnicos residentes en la costa central, antes y después de la conquista, hayan dejado su propia huella en la organización espacial del sitio. Al margen del debate cronológico, queda claro para el autor que las alternativas presentes en la discusión sobre las pirámides con rampa —palacios o templos de deidades locales (Eeckhout 1999, 1999-2000)— no brindan escenarios convincentes para explicar sus funciones. Poca duda cabe que se trata de lugares sagrados (*huacas*) apropiados para depositar ofrendas, sepultar los muertos y venerar a los ancestros. Además, la arquitectura ofrece escenarios perfectos para las manifestaciones públicas de gobernantes en el contexto festivo. En cambio, parece muy poco probable que las pirámides con rampa fueran construidas como residenciales principales de los curacas ychsma y contaran con numerosa población permanente (Villacorta 2004, 2010). Visto desde esta perspectiva, Pachacamac carece de características de una populosa capital, de un centro urbano. La expresión «centro ceremonial poblado» describe mucho mejor que la de «ciudad» su papel en el sistema de asentamientos durante el Horizonte Tardío.

Los resultados de las múltiples prospecciones realizadas en la cuenca de Lurín dejan en claro (Feltham 1983; Patterson *et al.* 1982) que la población del valle de Lurín desde inicios del Intermedio Temprano vivía en aldeas dispersas y equidistantes, de reducida extensión, ubicadas en clara relación con áreas de cultivo. En el Horizonte Tardío, el paisaje quedó transformado con la construcción de asentamientos de mayor extensión, que superan con frecuencia las 10 hectáreas. Estos suelen componerse de varias unidades residenciales-patio. Muchos de ellos, como Pampa de las Flores (Eeckhout 1999, 2003) o Panquilma (López-Hurtado y Nesbit 2010), se distinguen de los demás por la presencia de pirámides con rampa semejantes, en ciertos aspectos formales, a las de Pachacamac pero de tamaño reducido. Las recientes excavaciones sistemáticas en tres asentamientos —Panquilma (López-Hurtado 2010, 2011), Huaycán de Cieneguilla (Álvarez-Calderón 2009) y Pueblo Viejo-Pucará (Figura 7; Makowski 2004; Makowski *et al.* 2008a, 2008b)— ponen en evidencia las variadas características de estos complejos indudablemente residenciales, a menudo calificados en la literatura de urbanos, debido a la relativa monumentalidad y la presencia de la arquitectura pública.

López-Hurtado evalúa la extensión total de Panquilma en 30 hectáreas (López-Hurtado 2010, 2011). El asentamiento se compone de tres sectores, a juzgar por las características de la arquitectura. El primero de ellos, ubicado en la parte central del sitio y entre las dos áreas restantes, comprende tres pequeñas pirámides con rampa asociadas a un laberinto de recintos habitacionales aglutinados e interpretadas como la zona residencial de la élite. El segundo sector, el más extenso, se compone de 15 unidades residenciales multifamiliares aglutinadas. Cada unidad cuenta con un número elevado de recintos techados, cámaras funerarias y varios pequeños patios; está separada de las demás por un muro perimétrico. No hay diferencias claras entre las estructuras cercanas a las pirámides y las demás. Entre algunas unidades hay espacios irregulares sin construir, que no llegan a constituir calles *sensu stricto*. El asentamiento parece haber crecido sin planificación previa. López-Hurtado (2011) considera que cada casa se expandía hacia afuera conforme con el crecimiento de la familia. Andenes para tendales, posibles áreas domésticas de población de menor estatus social y áreas de actividad con batanes y depósitos circundan la mitad alta de asentamiento y se distribuyen sobre las laderas y en el cauce de la quebrada. Según López-Hurtado, la ocupación se divide en dos fases estratigráficas con el material de cerámica del Período Ychsma Tardío. El porcentaje de cerámica inca provincial se incrementa de una fase a la otra.

Como Panquilma, Huaycán de Cieneguilla se extiende sobre el cono de deyección de una quebrada lateral. Está ubicado sobre la margen opuesta, izquierda del río Lurín, y sus vestigios ocupan aproximadamente 18 hectáreas. Se ha comprobado que todas las fases constructivas y ocupacionales corresponden al Horizonte Tardío (Álvarez-Calderón 2009). Una parte de arquitectura prehispánica fue destruida y cubierta por deslizamientos de lodo (huaico). A primera vista, los dos asentamientos se parecen. Huaycán se compone de aproximadamente 15 grandes unidades residenciales multifamiliares que cuentan con cámaras funerarias y depósitos. En las ruinas se conservan aún plataformas con rampa. Las laderas y la parte de mayor elevación están ocupados por tendales, áreas de actividad y, eventualmente, estructuras habitacionales de población de menor estatus. No obstante estas similitudes, hay también notables diferencias. La principal concierne al papel de la plataforma con rampa. Este rasgo no se encuentra incluido en los edificios de carácter público, ceremonial, como en Panquilma. En Huaycán, los patios centrales de estructuras habitacionales de mayor complejidad arquitectónica albergan en su interior bajas plataformas con rampa. Álvarez-Calderón (2009) ha comprobado que el acceso desde afueras a estos patio fue muy restringido de manera intencional. Se trataba, más bien, de espacios intercomunicados por puertas y pasadizos con los demás ambientes de cada casa. Parece, entonces, que estos particulares espacios se destinaron para ceremonias internas organizadas por cada familia extensa residente.

Pueblo Viejo-Pucará (Figura 7) con sus 12 hectáreas de espacios construidos dispersos sobre un área de aproximadamente 40 hectáreas, sin contar andenes y sitios menores en la periferia con unas 26 hectáreas más, es el asentamiento de carácter habitacional más extenso entre los que fueron habitados después de la conquista inca en el valle bajo de Lurín que se conserva hasta la actualidad. Se ubica en el laberíntico sistema de quebradas laterales que atraviesan las primeras estribaciones de los Andes en la margen izquierda del río Lurín. Gracias a su localización respecto a los cerros más altos (Lomas de Pucará y Manzano) en la cercanía del litoral marino y a una altura de entre 400 y 600 metros de altitud, que favorece la manifestación del fenómeno de loma costera durante la época del estiaje entre junio-julio y octubre-noviembre, toda la zona se cubre de espeso manto de gramíneas y arbustos, como el mito, y de papaya silvestre. Hay también escasos árboles de tara y guarango. En el pasado, las laderas estuvieron forestadas por los *Acaciaciae*, *Lúcuma obovata* y *Prosopis juliflora*.

Las excavaciones que se realizaron en el marco del Proyecto Arqueológico-Taller de Campo Lomas de Lurín (hoy Valle de Pachacamac), Convenio Cementos Lima S.A.-Pontificia Universidad Católica del Perú, bajo la dirección del autor desde 1999 hasta el presente, han abarcado más de 12.000 m² de superficie en los cinco sectores del sitio. El hallazgo de dos cuentas de vidrio en la capa de abandono de una de las estructura monumentales, probable residencia del curaca principal, y la ausencia de cerámica vidriada demuestran que la población dejó el asentamiento poco después de la aparición de los conquistadores españoles en el valle de Lurín. Por otro lado, los hallazgos de la cerámica diagnóstica inca provincial en el primer nivel de ocupación sobre el estéril, tanto al interior de los conjuntos habitacionales como en los basurales asociados, dejan en claro que el asentamiento se construyó durante el Horizonte Tardío. Las dos fases definidas estratigráficamente en la mayoría de sectores corresponden al Período Horizonte Tardío (aprox. 1470-1533 d.C.). Un terremoto que ha causado el colapso de parte de las estructuras marcó el fin de la primera fase. Luego, el asentamiento ha sido reconstruido conservando la misma tradición arquitectónica y la organización general del espacio.

La característica distribución de núcleos de arquitectura en las cimas intermedias y la localización del sitio en la zona de pasturas utilizada hasta hoy por los pastores serranos de Santo Domingo de los Olleros, la mampostería de piedra en modalidades desconocidas en la costa central pero difundidas en las alturas de Huarochirí, la organización modular de espacios domésticos, los comportamientos funerarios y, finalmente, la presencia del componente serrano en el repertorio de estilos de cerámica, indican que el asentamiento fue construido y habitado por los pobladores serranos desplazados hacia la costa desde las alturas del valle como *mitimaes*. Hay, por lo tanto,

una plena coincidencia con las evidencias etnohistóricas que mencionan a los caringas de Huarochirí como una de las dos parcialidades del *macroayllu* indígena asentado sobre la margen izquierda de Lurín. Estos caringas fueron bautizados juntos con los incas de Sisicaya y mantuvieron una posición privilegiada respecto a la otra parcialidad, los Ychsma-Caringa (Makowski 2004).

La organización espacial de asentamiento, reconocida en detalle por el Proyecto Lomas de Lurín, posee también las características recurrentes en la sierra. La mitad del asentamiento se extiende en las cimas y la otra mitad en la parte baja, al fondo de dos quebradas paralelas que se bifurcan partiendo de la quebrada de río Seco, conocida también como la de Pueblo Viejo. La apariencia inexpugnable, fortificada por la naturaleza de la mitad alta, le ha valido el nombre quechua de un lugar fuerte, «pucará». El asentamiento se compone de cuatro aglomeraciones de arquitectura doméstica distantes unos de otros por un espacio de entre 200 y 300 metros en promedio, además de dos complejas estructuras de diseño ortogonal con patios internos y amplios espacios de almacenamiento, que poseen características de residencias de élite (Makowski *et al.* 2008a). Hay también dos pequeños sitios-satélite en los caminos de acceso desde la sierra. Dos aglomeraciones y una de las dos residencias de élite se encuentran en la parte alta del sitio, en las cimas desde las cuales se domina visualmente la costa con la entrada al valle y el acceso al santuario de Pachacamac desde el sur. Las dos aglomeraciones restantes y la más monumental de las dos residencias palaciegas están escondidas en el fondo de las quebradas tributarias de la quebrada Pueblo Viejo, al abrigo de las dos *pucarás* y protegidos por la muralla natural conformada por terrazas fósiles, cuya forma recuerda la de las morenas laterales del paisaje glacial. La ubicación es estratégica tanto desde el punto de vista ofensivo como defensivo. Cada una de las aglomeraciones residenciales se compone de varias unidades-plaza con entre tres y cinco conjuntos de casas, cuyas entradas dan al espacio abierto común. Su forma es irregular y puede estar parcialmente cercado.

La arquitectura de las casas comunes y de las residencias de élite tiene el mismo diseño modular. Un módulo se compone de dos ambientes rectangulares intercomunicados por un pasadizo y de dos depósitos de dos pisos cada uno, por lo general dispuestos en fila, en el centro entre ambos recintos, con un corto pasadizo en el medio. No obstante, es frecuente también la ubicación de uno de ellos en uno de los lados cortos, en «L». La construcción de cada conjunto doméstico se iniciaba con el complejo de los depósitos. Estos no solo separaban los ambientes y, a veces, las casas contiguas, sino que también ofrecían apoyo a los techos, ligeramente inclinados a dos aguas, de materiales perecibles. Pequeñas ventanas cerradas con lajas de pizarras, una por piso, constituían los únicos accesos a las cámaras de los depósitos. La entrada desde el exterior daba al interior de uno de los dos ambientes rectangulares que constituían el

módulo. La forma más recurrente en el asentamiento es la de un módulo completo. Algunas casas con ubicación privilegiada poseen una terraza-pórtico con banqueta en el frontis.

Tres de las estructuras excavadas por nosotros, incluyendo las dos de trazo ortogonal, corresponden sin duda a residencias de élite y se componen de entre dos y seis módulos habitacionales con terrazas-pórticos, cuyas entradas dan al patio común, interno, con acceso restringido desde el exterior. Son también las únicas que poseen una gran cocina asociada al patio, con evidencias de preparación de bebida y comida para una cantidad importante de comensales. A la más grande de estas estructuras, con aire monumental y tres amplios patios, se asocian varias dependencias entre recintos domésticos y amplios corrales. Dos patios carecen de conexión con los sectores domésticos y cumplían probablemente funciones ceremoniales, a juzgar por los hallazgos de conchas de *Spondylus sp.* y la presencia de una gran roca en el centro.

En la mayoría de conjuntos residenciales se han localizado áreas de entierros humanos. Algunos de los depósitos fueron transformados en cámaras mortuorias para recibir variado número de individuos. Las evidencias expuestas permiten formular tres hipótesis acerca de las relaciones sociales imperantes en el asentamiento urbano:

1. Los usuarios de un conjunto de habitaciones, cuyas entradas dan al mismo patio, parecen haber sido unidos por lazos de probable parentesco consanguíneo o no, lo suficientemente fuertes para que se justifique su sepultura dentro de este mismo conjunto e, incluso, dentro de la misma cámara.
2. Habría una relación directa entre la posición política de los residentes y la cantidad de personas (¿parientes?) que convivían bajo el mismo techo: a mayor número de residentes, mayor estatus de la cabeza de la familia. Esta conclusión se desprende también de la calidad y de la cantidad de artefactos indicadores de estatus, cuyo número se incrementa drásticamente en las estructuras extensas y planificadas de trazo ortogonal.
3. Sobre las dos primeras hipótesis se fundamenta una tercera. La organización espacial del asentamiento evoca una organización social frecuente en la sierra: dos mitades, alta y baja, cada una respectivamente con dos barrios (¿*ayllus* comunes?), además de la gran residencia de carácter palaciego con dependencias (¿residencia del quinto *ayllu* gobernante?).

La conclusión acerca de la procedencia serrana de los constructores de Pueblo Viejo-Pucará se fundamenta no solo en la organización espacial del asentamiento y en los rituales funerarios. A la misma conclusión lleva la comparación con otros sitios que comprenden arquitectura monumental del Horizonte Tardío en el valle bajo como

Panquilma y Huaycán de Cieneguilla. Pueblo Viejo-Pucará no se parece a ninguno de los sitios anteriormente citados, ni en el aparejo ni en el diseño arquitectónico, y en cambio sí a la arquitectura de la vecina sierra de Huarochirí.

Las características de cada una de las aglomeraciones de arquitectura doméstica sugieren que sus residentes tuvieron ocupaciones diferentes respecto a los demás. A las conclusiones similares llevan los estudios bioantropológicos aún inéditos. Los grupos de mayor estatus residen la estructura palaciega (sector II) y en el barrio del sector I, ambas ubicadas en la parte baja de asentamiento, a lado de corrales para el empadre y selección del ganado. Consideramos muy probable que se trata de las poblaciones encargadas en el manejo del ganado del templo de Pachacamac, dada la cercanía del asentamiento tanto a excelentes pasturas en la época de estiaje como al santuario, y su ubicación en el camino hacia los pastos de Huarochirí. Las extensas áreas de actividades comunitarias con tendales y depósitos en el sector II, el segundo barrio de la mitad inferior del asentamiento, sugieren que la población estaba dedicada esencialmente a actividades agrícolas. Los talleres de producción de porras de piedra y los depósitos de proyectiles muy recurrentes en el del sector IV, así como la ubicación claramente defensiva en la cima del cerro, hacen pensar que los residentes conformaban unidad militar de élite. La ubicación de dos extensas estructuras habitaciones de élite con un diseño del interior muy particular, a lado de un templete en la cresta de la montaña, es quizás un indicio del estatus especial, sacerdotal, de sus ocupantes. Estas estructuras conforman el sector V.

Las estructuras de carácter público no se concentran en un solo sector. El corazón de la vida pública está constituido por el palacio de la mitad inferior, residencia del curaca mayor. La residencia cuenta con dos amplias plazas cercadas e intercomunicadas en la fachada occidental del edificio. Una plataforma *ushnu* domina visualmente las dos plazas. Desde la plataforma se podía observar la aparición de la constelación de llama entre los dos torreones del templo de la cima (Makowski y Ruggles 2011). Las plazas están conectadas con el patio central del palacio, lugar de banquetes festivos (Makowski *et al.* 2008a). Desde el *ushnu* se ve también el altar con la *huanca* de abajo, situado a lado de los corrales. Una gran plaza en el sector II, bordeada por plataformas y estructuras techadas para reuniones, es el segundo lugar público en importancia. Tenemos la sospecha de que esta plaza se ha convertido en el centro público de asentamiento durante el Período Colonial Temprano, justo antes del abandono, cuando el palacio se ha transformado en un barrio más, siendo el *ushnu* y las plazas clausuradas. Los principales eventos festivos parecen haberse desarrollado entre el palacio y el templo. Este último se ubica en la cima plana entre dos picos de la cadena montañosa Lomas Pucará. La ubicación le permite tener un control visual sobre gran parte del asentamiento.

El templete está constituido por una plataforma y dos estructuras circulares que cuentan con dos entradas cada una. La función ceremonial del conjunto se desprende tanto de las características de la arquitectura como de las ofrendas asociadas a lo que según toda probabilidad constituía un lugar de culto. La plataforma se creó mediante la construcción de un muro de contención de aproximadamente 1,5 m de alto —por el norte— de lado del asentamiento. En el muro se abre el único acceso formalizado, que está conformado por una escalera monumental de ocho peldaños. Su carácter es más bien simbólico, porque no existe ningún obstáculo para acceder al área ceremonial desde los tres lados restantes. Se trata de las únicas estructuras circulares en todo el asentamiento Pueblo Viejo-Pucará. Una de estas rodea un promontorio rocoso trabajado intencionalmente, mientras que la otra contiene una impronta circular central de una posible *huanca*. El espacio interno de ambas estructuras es tan reducido que no se podría caminar fácilmente ni alrededor de la *huanca* ni menos alrededor de afloramiento rocoso. La iluminación desde las direcciones preestablecidas se perfila, por lo tanto, como la única razón posible de la entrada doble.

En las cavidades y nichos creados mediante talla en el afloramiento rocoso, se han hallado ofrendas compuestas por láminas y algunos pendientes de metal, cuentas y fragmentos de conchas de *Spondylus sp.*, huesos desarticulados de camélidos y vasijas fragmentadas usadas para preparar (ollas), servir (cántaros) y consumir alimentos (cuencos y platos). De igual manera, al nivel del piso, se han hallado diversos fragmentos de *Spondylus sp.*, así como pequeñas piezas de metal. Otras evidencias de culto fueron halladas fuera del contexto directo, en las capas superficiales y de colapso de muros. Mención especial merece una *conopa* de piedra con forma de maíz (*zarapconopa*), así como valvas, cuentas y fragmentos cortados de *Spondylus sp.* Su presencia sugiere que algún artesano especializado haya hecho una ofrenda compuesta tanto por los productos finales como por los desechos, dado que no hemos encontrado huellas de un taller precario en las inmediaciones de la estructura. En asociación con el orificio en el que posiblemente fue plantada la *huanca*, en el centro de la segunda estructura circular que se localiza al oeste de la precedente, hemos encontrado varios fragmentos cortados de *Spondylus sp.*, tanto en el nivel del piso como en las capas superiores de colapso de la estructura.

El palacete del sector IV, posible residencia del curaca de la mitad superior, es, con sus patios interno y externo, el tercer núcleo de la vida pública. Como el palacio principal, ubicado en el sector II, cuenta con amplia cocina, extensos depósitos y evidencias de multitudinarios agasajos.

Los tres casos de asentamientos, que acabamos de analizar brevemente, ilustran bien

las características del patrón de asentamiento impuesto por la administración inca. Las diferencias en las características y en la distribución espacial de ambientes casas habitacionales se constituyen en prueba fehaciente de que los gobernantes inca movieron hacia el valle poblaciones diversas como *mitmaquna* (*mitimaes*), algunas de ellas, como las de Pueblo Viejo-Pucará, desde la sierra cercana y otras posiblemente desde valles vecinos a la costa central. Familias extensas agrupadas en comunidades territoriales y de parentesco, a juzgar por las evidencias del culto a los muertos compartido en cada asentamiento o unidad residencial, quedaron a cargo de amplios espacios cultivables y de pastoreo. Los residentes de los extensos asentamientos de apariencia urbana no se diferenciaban del resto de la población por el carácter de sus actividades. Todos los residentes estuvieron involucrados en las actividades típicas de la vida campesina. Es muy probable que en los trabajos de cosecha y secado estuvieran involucrados todos los habitantes. No obstante, los almacenes se ubican en cada casa de la familia extensa. No cabe duda de que tanto las pirámides con rampa en el caso de Panquilma como las residencias de curacas principales y de sus segundas personas eran los lugares donde se almacenaban los productos requeridos como impuestos por el Imperio. Suponemos que buena parte de estos productos terminaba en Pachacamac, donde estaba redistribuida o usada en la ceremonias multitudinarias.

Los especialistas a tiempo completo no parecen residir ni en Pachacamac ni menos en los asentamientos del valle. Los estudios de la producción de cerámica, tejidos y metales hasta el presente sugieren que ciertos linajes, individuos o comunidades se dedicaban a estos menesteres de manera preferencial y eran apoyados por los miembros de sus familias. El paisaje de Lurín, uno de los valles que cuenta con mayor densidad de vestigios «urbanos» en el Tawantinsuyu, es, por lo tanto, esencialmente «rural». Un ramal de Capac Ñan conecta al gran *apu* de los pueblos serranos, Pariacaca, con la deidades de los yungas venerados en Pachacamac. Las obligaciones para con el estado estuvieron sin duda enmarcadas en el calendario de fiestas. Estas festividades, de carácter local en la residencia de cada curaca y regional cuando tuvieron lugar en Pachacamac, ofrecían la oportunidad de realizar trueques, depositar ofrendas y hacer regalos. No hay en el valle de Lurín inca ciudades donde residieran administradores, nobles y artesanos a tiempo completo y aldeas de humildes campesinos.

Por cierto, se dejan percibir las diferencias en cuanto al estatus político y las condiciones de vida. Las familias más numerosas, con mayor número de parientes, ocupan las residencias de mayor extensión y poseen mayor poder, hecho que se expresa en su capacidad de agasajar a los demás y honrar a sus ancestros. En Pueblo Viejo-Pucará, las casas de estas familias «pudientes», con residencias compuestas de cuatro a seis ambientes habitacionales techados y un patio interno, están presentes en todos los barrios (sectores I, III, IV y V). Estudios comparativos, aún inéditos hasta el

presente, sugieren que no hay grandes diferencias de acceso a bienes suntuarios y alimentos entre estas élites y los demás. Notables diferencias se perciben a la hora comparar el registro de hallazgos en el palacio principal (sector II) con las evidencias recogidas de otras zonas. No obstante, incluso en este caso, se tiene la impresión de que los curacas se esforzaban para acumular los bienes que estuvieron posteriormente repartidos entre las cabezas de familias influyentes durante numerosas fiestas y banquetes.

7. Conclusiones: el urbanismo andino como sistema «antiurbano»

El seguimiento comparativo de las supuestas expresiones del urbanismo en los Andes, en Mesoamérica y en el Cercano Oriente, ha llevado al autor a las conclusiones en parte similares a las de Cowgill (2004; véase, también, Smith [ed.] 2003), en el sentido de que la gran diversidad de casos corresponde a las organizaciones sociopolíticas y organizaciones económicas de lo más diversas, por lo que la definición de lo que es o no es urbano pierde por completo sentido y deja de ser operativa:

No single criterion, such as sheer size or use of writing, is adequate, and it seems best to use a somewhat fuzzy core concept rather than to try to establish criteria that will clearly demarcate all cities from all noncities. I vaguely define a city as a permanent settlement within the larger territory occupied by a society considered home by a significant number of residents whose activities, roles, practices, experiences, identities, and attitudes differ significantly from those of other members of the society who identify most closely with “rural” lands outside such settlements. (Cowgill 2004: 526)

Incluso esta amplia y muy pragmática definición de Cowgill no se aplica al caso que acabamos de analizar del valle de Lurín inca. No hay tal división entre la población urbana y la rural en los Andes prehispánicos. Basta leer las crónicas y los expedientes judiciales del Período Colonial para percatarse que las altas élites cuzqueñas, los miembros de las *panacas*, tenían varias residencias siempre fuera del casco de la capital y se hallaban plenamente involucradas en las actividades del campo (Makowski y Hernández 2010; Sherbondy 1986). No es una casualidad que el calendario festivo estatal esté estrechamente vinculado con el calendario de trabajos agrícolas en la obra de Guaman Poma de Ayala y de otros cronistas (Ziółkowski y Sadowski [eds.] 1989; Zuidema 2010). Estas características particulares de la capital del Imperio, expuestas de manera precursora por Rowe (1967), se repiten con variantes en otras regiones y en otros períodos de rica prehistoria andina. La comparación entre Pachacamac, Cuzco y

Caral, así como otros elementos de juicio expuestos en el presente artículo, refuerzan la impresión del autor de que las hipótesis que atribuyen contenidos urbanos a los centros ceremoniales poblados de los Períodos Precerámico Tardío e Inicial (Formativo Precerámico) no explican de manera adecuada ni las funciones de la arquitectura monumental, ni menos las razones por las que este fenómeno se manifiesta de manera tan excepcional y «prematura» en los Andes Centrales. Dichas propuestas tampoco ayudan a entender la organización social y económica subyacente, puesto que atribuyen a las poblaciones de constructores las características que difícilmente pudieron tener: alta densidad poblacional; plena estabilidad sedentaria, con poca movilidad tanto en el sentido físico (desplazamientos regulares) como social (clases sociales antagónicas); y el papel decisivo del comercio institucionalizado para asegurar el abastecimiento de la hipotética «población urbana». En la alternativa de interpretación que se acaba de plantear con el pleno respaldo de las evidencias se esboza un escenario distinto.

La diversidad formal de ambientes arquitectónicos de los que se componen los edificios monumentales tempranos se explicaría por las necesidades involucradas en el culto: banquetes, ayunos, bailes, presentación de tributos a la comunidad del templo, ofrendas, sacrificios, rituales de iniciación y oráculos, entre otros. Las diferencias en la extensión, volumen construido y duración de uso continuo, tanto entre los edificios del mismo complejo como entre diferentes centros ceremoniales, no guardan relación proporcional directa con el número de eventuales habitantes permanentes, pero sí con el número de visitantes periódicos y, por ende, con su prestigio religioso y político. La construcción de manera mancomunada —por parte de una comunidad o por una alianza de varias comunidades del espacio ceremonial y monumental—, así como su mantenimiento y eventuales ampliaciones, se constituyen, en este contexto, en el mecanismo de materialización de la memoria sobre los lazos de parentesco ritual establecido por este medio y legitimado periódicamente mediante rituales compartidos. Probablemente, esta clase de parentescos determinaba, en buen grado, alianzas matrimoniales y garantizaba intercambios permanentes de ciertos productos y materias primas, y derechos de paso por territorio ajeno y, eventualmente, de cultivo en áreas controladas por otra comunidad confederada. Desde esta perspectiva, el fenómeno de la arquitectura monumental temprana puede ser entendido como el antecedente del particular sistema «antiurbano» de los Andes Centrales en la definición que el autor acaba de exponer. Lo demuestra la relativa similitud entre los centros ceremoniales precerámicos y Pachacamac inca. En ambos casos, y en todos los analizados en el presente texto, las capitales y los santuarios oraculares comparten características de un centro ceremonial poblado.

Este urbanismo *sui generis* centro-andino es de hecho cosmocéntrico. Los edificios públicos de uso esencialmente ceremonial (templos, palacios y monumentos de culto a

los ancestros) no están subordinados a la traza urbana ni tampoco necesariamente concentrados en el centro monumental de una capital. Por el contrario, cada edificio es independiente de los demás y posee su propia lógica de orientación, frecuentemente vinculada con ejes visuales que apuntan hacia los lugares sagrados en el paisaje y también hacia las direcciones en las que aparecen el sol, la luna o las constelaciones. Cada edificio parece ser construido y mantenido, además, por el grupo de sus usuarios. Su ciclo de uso es corto y las modificaciones son frecuentes. Nada está terminado ni definitivo. Ni la arquitectura pública ni los lugares de culto se concentran necesariamente en los asentamientos poblados como ocurre con el urbanismo antropocéntrico occidental. Al contrario, la arquitectura ayuda a organizar el paisaje como el escenario de las ceremonias religiosas. Este sistema tan particular guarda plena coherencia con las realidades sociales y las dimensiones tecnológicas y económicas de la vida en los Andes. Es la expresión material de una vida social en la que el desarrollo tecnológico no ha conducido al ocaso de la organización comunitaria de las principales actividades de subsistencia y de producción, ni tampoco ha impuesto al individuo, al padre de una familia nuclear —*pater familias*— por encima de las relaciones de parentesco, tanto en la política como en la economía. Se percibe, también, debida coherencia entre el sistema «antiurbano» andino y la organización económica en la que el trueque, la redistribución por parte del estado y los regalos sustituyen de manera eficiente al comercio a cargo de los mercaderes que invierten su propio capital. En este mismo sistema andino, toda propiedad de tierra o ganado es necesariamente corporativa. El autor considera necesario entender a plenitud las características excepcionales del «urbanismo andino» para apreciar, como lo merecen, los aportes tan originales de las civilizaciones andinas a la compleja historia de la humanidad y tomar distancia de los modelos que sirvieron al Occidente para apropiarse de ella.

Agradecimiento

El autor desea expresar su gratitud al doctor Shinya Watanabe por la traducción de este artículo al japonés y por la hospitalidad durante la estadía en el Japón.

Bibliografía citada

Adams, R. M.

1966 *The Evolution of Urban Society. Early Mesopotamia and Prehistoric Mexico*, Aldine, Chicago.

- 1981 *Heartland of Cities: Surveys of Ancient Settlement and Land Use on the Central Floodplain of the Euphrates*, University of Chicago Press, Chicago.
- Adams, R. M. y H. Nissen
- 1972 *The Uruk Countryside*, University of Chicago Press, Chicago.
- Akkermans, P. M. M. G. y G. M. Schwartz
- 2003 *Archaeology of Syria: From Complex Hunter Gatherer to Early Urban Societies (ca. 16,000 – 300 B.C.)*, Cambridge University Press, Cambridge.
- Aldenderfer, M. S. (ed.)
- 1993 *Domestic Architecture, Ethnicity, and Complementarity in the South-Central Andes*, University of Iowa Press, Iowa City.
- Aldenderfer, M. S. y C. Stanish
- 1993 Domestic Architecture, Household Archaeology, and the Past in the South-Central Andes, en: M. S. Aldenderfer (ed.), *Domestic Architecture, Ethnicity, and Complementarity in the South-Central Andes*, 1-12, University of Iowa Press, Iowa City.
- Algaze, G.
- 1993 *The Uruk World System*, University of Chicago Press, Chicago.
- 2001 The Prehistory of Imperialism: The Case of Uruk Period Mesopotamia, en: M. S. Rothman (ed.), *Uruk Mesopotamia and Its Neighbors: Cross-Cultural Interactions in the Era of State Formation*, 27-83, School of American Research Press/James Currey, Santa Fe/Oxford.
- Alva, W.
- 1986 *Cerámica Temprana en el Valle de Jequetepeque, Norte del Perú*, *Materialien zur Allgemeinen und Vergleichenden Archäologie* 32, Verlag C. M. Beck, Munich.
- Álvarez-Calderón, R.
- 2009 *Aproximaciones al Uso de los Espacios Comunitarios en un Asentamiento del Horizonte Tardío: El Caso de Huaycán de Cieneguilla en el Valle de Lurín*, Tesis para optar por título de licenciada en arqueología, Facultad de Letras y Ciencias Humanas, Pontificia Universidad Católica del Perú, Lima.
- Anders, M. B.
- 1986 *Dual Organization and Calendars Inferred from the Planned Site of Azangaro: Wari Administrative Strategies*, Ph.D. dissertation, Department of Anthropology, Cornell University, Ithaca.
- 1991 Structure and Function at the Planned Site of Azangaro: Cautionary Notes for the Model of Huari as a Centralized Secular Site, en: W. H. Isbell y G. F. McEwan (ed.), *Huari Administrative Structure: Prehistoric Monumental Architecture and State Government*, 165-197, *Dumbarton Oaks Research Library and Collection*, Washington, D.C.
- Barrett, J. C. y I. Ko
- 2009 A Phenomenology of Landscape: A Crisis in British Landscape Archaeology?, *Journal of Social Archaeology* 9 (3), 275-294.
- Bauer, B. S.

Annual Papers of the Anthropological Institute Vol.2 (2012)

- 1998 *The Sacred Landscape of the Inca: The Cuzco Ceque System*, University of Texas Press, Austin.
- 2004 *Ancient Cuzco: Heartland of the Inca*, University of Texas Press, Austin.
- Bauer, B. S. y D. S. P. Dearborn
- 1995 *Astronomy and Empire in the Ancient Andes: the Cultural Origins of Inca Sky Watching*, University of Texas Press, Austin.
- Bawden, G.
- 1982 Galindo: A Study of Cultural Transition during the Middle Horizon, en: M. E. Moseley y K. C. Day (ed.), *Chan Chan: Andean Desert City*, 285-320, University of New Mexico Press, Albuquerque.
- 1990 Domestic Space and Social Structure in Pre-Columbian Northern Perú, en: S. Kent (ed.), *Domestic Architecture and the Use of Space: An Interdisciplinary Cross-Cultural Study*, 153-171, Cambridge University Press, Cambridge.
- Benitez, L.
- 2009 Descendants of the Sun: Calendars, Myths and the Tiwanaku State, en: M. Young-Sánchez (ed.), *Tiwanaku: Papers from the 2005 Mayer Center Symposium at the Denver Art Museum*, 49-82, Denver Art Museum, Denver.
- Bermann, M.
- 1994 *Lukurmata: Household Archaeology in Prehispanic Bolivia*, Princeton University Press, Princeton.
- Bonnier, E.
- 1997 Preceramic Architecture in the Andes: The Mito Tradition, en: E. Bonnier y H. Bischof (ed.), *Arquitectura y Civilización en los Andes Prehispánicos. Architecture and Civilization in the Prehispanic Andes*, 120-144, *Archaeologica Peruana* 2, Sociedad Arqueológica Peruano-Alemana/Reiss-Museum Mannheim, Heidelberg.
- Bonnier, E. y C. Rosenberg
- 1988 Del santuario al caserío. Acerca de la neolitización en la Cordillera de los Andes Centrales, *Bulletin de l'Institut Français d'Études Andines* 17 (2), 23-40.
- Bourdieu, P.
- 1977 *Outline of a Theory of Practice*, Cambridge University Press, Cambridge.
- Brennan, C. T.
- 1980 Cerro Arena: Early Cultural Complexity and Nucleation in North Coastal Peru, *Journal of Field Archaeology* 7, 1-22.
- Brown Vega, M.
- 2010 Regional Pattern of Fortification and Single Forts: Evaluating the Articulation of Regional Sociopolitical Dynamics with Localized Phenomena, en: R. E. Cutright, E. López-Hurtado y A. J. Martin (ed.), *Comparative Perspectives on the Archaeology of Coastal South America*, 169-190, Center for Comparative Archaeology, Department of Anthropology, University of Pittsburgh/Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú/Ministerio de Cultura de Ecuador, Pittsburgh/Lima/Quito.

- Buko, A. y M. McCarthy (ed.)
2010 *Making a Medieval Town: Patterns of Early Medieval Urbanization*, Polish Academy of Sciences/Institute of Archaeology, University of Warsaw, Warsaw.
- Burger, R. L.
1988 Unity and Heterogeneity within the Chavín Horizon, en: R. W. Keatinge (ed.), *Peruvian Prehistory*, 99-104, Cambridge University Press, Cambridge.
1992 *Chavín and the Origins of Andean Civilization*, Thames and Hudson, London.
1993 The Chavín Horizon: Stylistic Chimera or Socioeconomic Metamorphosis?, en: D. S. Rice (ed.), *Latin American Horizons*, 41-82, Dumbarton Oaks Research Library and Collection, Washington, D.C.
2007 Los fundamentos sociales de la arquitectura monumental del Período Inicial en el valle de Lurín, Perú, en: V. Williams, B. Ventura, A. Callegari y H. Yacobaccio (ed.), *Sociedades Precolombinas Surandinas: Temporalidad, Interacción, y Dinámica Cultural del NOA en el Ambito de los Andes Centro-Sur*, 343-362, Buenos Aires.
2008 Los señores de los templos, en: K. Makowski (ed.), *Señores de los Reinos de la Luna*, 13-38, Banco de Crédito del Perú, Lima.
- Burger, R. L. y L. C. Salazar (ed.)
2004 *Machu Picchu: Unveiling the Mystery of the Incas*, Yale University Press, New Haven and London.
- Butterlin, P.
2003 *Les Temps Proto-Urbaines de Mésopotamie*, CNRS éditions, Paris.
- Butzer, K.
1976 *Early Hydraulic Civilization in Egypt: A Study in Cultural Ecology*, University of Chicago Press, Chicago.
- Campana, C.
2006 *Chan Chan del Chimo*, Editorial Orus S.A., Lima.
- Canziani, J.
1987 *Asentamientos Humanos y Formaciones Sociales en la Costa Norte del Antiguo Perú*, INREA, Lima.
1992 Arquitectura y urbanismo del periodo Paracas en valle de Chincha, *Gaceta Arqueológica Andina* 6 (22), 87-117.
2009 *Ciudad y Territorio en los Andes: Contribuciones a la Historia del Urbanismo Prehispánico*, Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, Lima.
- Chamussy, V.
2009 *Les débuts de la Guerre Institutionnalisée dans l'Aire Andine Centrale: vers la Formation de l'État, du Formatif à la Période Intermédiaire Ancienne (2000 av. J.-C. 500 apr.J.-C.)*, BAR International Series 2017. Paris Monographs in American Archaeology 24, Hadrian Books, Oxford.
- Chapdelaine, C.
2002 Out the Streets of Moche: Urbanism and Sociopolitical Organization at a Moche IV

Annual Papers of the Anthropological Institute Vol.2 (2012)

- Urban Center, en: W. H. Isbell y H. Silverman (ed.), *Andean Archaeology I: Art, Landscape and Society*, 53-88, Kluwer Academic/Plenum Publishers, New York.
- 2003 La ciudad Moche: urbanismo y estado, en: S. Uceda y E. Mujica (ed.), *Moche hacia el Final del Milenio. Actas del Segundo Coloquio sobre la Cultura Moche (Trujillo, 1 al 7 de agosto de 1999)*, 247-285, Universidad Nacional de Trujillo/Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, Trujillo/Lima.
- Chapdelaine, C. y V. Pimentel
- 2008 Personaje de alto rango en San Juanito, valle de Santa, en: K. Makowski (ed.), *Señores de los Reinos de la Luna*, 248-253, Banco de Crédito del Perú, Lima.
- Chicoine, D.
- 2006 Early Horizon Architecture at Huambacho, Nepeña Valley, Peru, *Journal of Field Archaeology* 31 (1), 1-22.
- 2010 Elite Strategies and Ritual Setting in Coastal Perú during the 1st Millenium B.C., en: R. E. Cutright, E. López-Hurtado y A. J. Martin (ed.), *Comparative Perspectives on the Archaeology of Coastal South America*, 191-212, Center for Comparative Archaeology, Department of Anthropology, University of Pittsburgh/Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Peru/Ministerio de Cultura de Ecuador, Pittsburgh/Lima/Quito.
- Childe, V. G.
- 1974[1950] The Urban Revolution, en: J. Sabloff y C. C. Lamberg-Karlovsky (ed.), *The Rise and Fall of Civilizations*, 6-14, Cummings, Menlo Park.
- Christie, J. J. y P. J. Sarro (ed.)
- 2006 *Palaces and Power in the Americas: From Peru to the Northwest Coast*, University of Texas Press, Austin.
- Chu, A.
- 2008 *Bandurria: Arena, Mar y Humedal en el Surgimiento de la Civilización Andina*, Proyecto Arqueológico Bandurria, Huacho.
- Clark, J. E.
- 2009 El alba de Mesoamerica, *Boletín de Arqueología PUCP* 11[2007], 167-204.
- Collier, D.
- 1955 Development of Civilization on the Coast of Peru, en: J. H. Steward, R. M. Adams, D. Collier, A. Palerm, K. A. Wittfogel y R. L. Beals (ed.), *Irrigation Civilizations: A Comparative Study*, 19-27, Pan American Union, Washington, D.C.
- Cordova, C. E.
- 2005 The Degradation of the Ancient Near Eastern Environment, en: D. C. Snell (ed.), *A Companion to the Ancient Near East*, 109-25, Blackwell, Oxford.
- Couture, N. C.
- 2003 Ritual, Monumentalism, and Residence at Mollo Kontu, Tiwanaku, en: A. L. Kolata (ed.), *Tiwanaku and Its Hinterland: Archaeology and Paleoecology of an Andean Civilization, Vol. 2, Urban and Rural Archaeology*, 202-225, Smithsonian Institution Press, Washington and London.

- Cowgill, G. L.
2004 Origins and Development of Urbanism: Archaeological Perspectives, *Annual Review of Anthropology* 33, 525-49.
- Crawford, H.
2004 *Sumer and the Sumerians*, Cambridge University Press, Cambridge.
- D'Altroy, T.
2002 *The Incas*, Blackwell, Malden.
- DeMarrais, E., L. J. Castillo y T. Earle
1996 Ideology, Materialization, and Power Strategies, *Current Anthropology* 37, 15-31.
- Dillehay, T. D.
2001 Town and Country in Late Moche Times: A View from Two Northern Valleys, en: J. Pillsbury (ed.), *Moche Art and Archaeology in Ancient Perú*, 259-284, Yale University Press, New Haven.
2004 Social Landscape and Ritual Pause: Uncertainty and Integration in Formative Peru, *Journal of Social Archaeology* 4 (2), 239-268.
2007 *Monuments, Empires, and Resistance: The Araucanian Polity and Ritual Narratives*, Cambridge University Press, Cambridge.
- Dillehay, T. D., D. Bonavia y P. Kaulicke
2004 The First Settlers, en: H. Silverman (ed.), *Andean Archaeology*, 16-34, Blackwell, Malden/Oxford/Carlton.
- Dillehay, T. D., H. H. Eling, Jr. y J. P. Rossen
2005 Preceramic Irrigation Canals in the Peruvian Andes, *Proceedings of the National Academy of Sciences* 102 (47), 17241-17244.
- Dillehay, T. D., J. Rossen y P. J. Netherly
1997 The Nancho Tradition: The Beginnings of Andean Civilization, *American Scientist* 85, 46-55.
- Donnan, C. B. (ed.)
1985 *Early Ceremonial Architecture in the Andes*, Dumbarton Oaks Research Library and Collection, Washington, D.C.
- Donnan, C. B. y G. Cock (ed.)
1986 *The Pacatnamú Papers, Vol. 1*, Fowler Museum of Cultural History, University of California, Los Angeles.
- Eeckhout, P.
1995 Piramide con rampa nº 3, Pachacamac. Resultados preliminares de la primera temporada de excavaciones (zona 1 y 2), *Bulletin de l'Institut Français d'Études Andines* 24 (1), 54-106.
1999 *Pachacamac durant l'Intermédiaire Récent: Étude d'un Site Monumental Préhispanique de la Côte Centrale du Pérou*, BAR International Series 747, Oxford.
1999-2000 The Palace of the Lords of Ychsma: An Archaeological Reappraisal of Function of Pyramids with Ramps at Pachacamac, Central Coast of Peru, *Revista de Arqueología*

- Americana* 17-19, 217-254.
- 2003 Diseño arquitectónico, patrones de ocupación y formas de poder en Pachacamac, costa central del Perú, *Revista Española de Antropología Americana* 33, 17-37.
- 2004a La sombra de Ychsma: ensayo introductorio sobre la arqueología de la costa central del Perú en los periodos Tardíos, *Bulletin de l'Institut Français d'Études Andines* 33 (3), 403-424.
- 2004b Pachacamac y el proyecto Ychsma (1999-2003), *Bulletin de l'Institut Français d'Études Andines* 33 (3), 425-448.
- 2008 El oráculo de Pachacamac y los peregrinajes a larga distancia en el mundo antiguo andino, en: M. Curatola P. y M. S. Ziólkowski (ed.), *Adivinación y Oráculos en el Mundo Antiguo Andino*, 161-180, Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú/Instituto Francés de Estudios Andinos, Lima.
- Engel, F.
- 1957 Sites et établissements sans céramique de la Côte peruvienne, *Journal de la Société des Americanistes* 46, 67-155.
- 1987 *De las Begonias al Maíz: Vida y Producción en el Perú Antiguo*, Universidad Nacional Agraria, Lima.
- Escalante, J.
- 2003 Residential Architecture in La K'arana, en: A. L. Kolata (ed.), *Tiwanaku and Its Hinterland: Archaeology and Paleoecology of an Andean Civilization, Vol. 2, Urban and Rural Archaeology*, 316-326, Smithsonian Institution Press, Washington and London.
- Evans, S. T. y J. Pillsbury (ed.)
- 2004 *Palaces of the Ancient New World*, Dumbarton Oaks Research Library and Collection, Washington, D.C.
- Farfán, C.
- 2004 Aspectos simbólicos de las pirámides con rampa: ensayo interpretativo, *Bulletin de l'Institut Français d'Études Andines* 33 (3), 449-464.
- Feltham, J.
- 1983 *The Lurín Valley Perú, A.D. 1000-1532*, Ph.D. dissertation, Institut of Archaeology, London University, London.
- Feltham, J. y P. Eeckhout
- 2004 Hacia una definición del estilo Ychsma: aportes preliminares sobre la cerámica Ychsma tardía de la pirámide III de Pachacamac, *Bulletin de l'Institut Français d'Études Andines* 33 (3), 643-680.
- Franco, R.
- 1998 *La Pirámide con Rampa n° 2 de Pachacamac: Excavaciones y Nuevas Interpretaciones*, Trujillo.
- Franco, R. y P. Paredes
- 2001 El Templo Viejo de Pachacamac: nuevos aportes al estudio del Horizonte Medio, *Boletín de Arqueología PUCP* 4[2000], 607-630.

- Frangipane, M.
2001 Centralization in Greater Mesopotamia Uruk, en: M. S. Rothman (ed.), *Mesopotamia and Its Neighbors: Cross-Cultural Interactions in the Era of State Formation*, 307-347, School of American Research Advanced Seminar Series, School of American Research Press/James Currey, Santa Fe/Oxford.
- Gasparini, G. y L. Margolies
1980 *Inca Architecture*, Indiana University Press, Bloomington.
- Gavazzi, A.
2010 *Arquitectura Andina*, Apus/Graph Editores, Lima.
- Ghezzi, I.
2006 Religious Warfare at Chankillo, en: W. H. Isbell y H. Silverman (ed.), *Andean Archaeology III: North and South*, 67-84, Springer, New York.
2008a Los primeros tambores de la guerra, en: K. Makowski (ed.), *Señores de los Reinos de la Luna*, 3-19, Banco de Crédito del Perú, Lima.
2008b Chankillo, en: K. Makowski (ed.), *Señores de los Reinos de la Luna*, 258-261, Banco de Crédito del Perú, Lima.
- Ghezzi, I. y C. L. N. Ruggles
2011 The Social and Ritual Context of Horizon Astronomical Observation at Chankillo, en: C. L. N. Ruggles (ed.), *Archaeoastronomy and Ethnoastronomy: Building Bridges between Cultures*, 144-153, Cambridge University Press, Cambridge.
- Gimbutas, M.
1991 *The Civilization of the Goddess: The World of Old Europe*, Harper, San Francisco.
- Guerrero, D.
ms. Excavaciones en la Portada de la IIIra muralla, en: K. Makowski (ed.), *El Valle de Lurín en el Horizonte Tardío*, Colección Valle de Pachacamac II, Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, Lima.
- Haas, J.
1987 The Exercise of Power in Early Andean State Development, en: J. Haas, S. Pozorski y T. Pozorski (ed.), *The Origins and Development of the Andean State*, 31-35, Cambridge University Press, Cambridge.
- Haas, J. y W. Creamer
2004 Cultural Transformations in the Central Andean Late Archaic, en: H. Silverman (ed.), *Andean Archaeology*, 35-50, Blackwell, Maldon/Oxford/Carlton.
- Haas, J., W. Creamer y A. Ruiz
2004 Dating the Late Archaic Occupation of the Norte Chico Region in Perú, *Nature* 432, 1020-1023.
2005 Power and the Emergence of Complex Polities in the Peruvian Preceramic, en: K. J. Vaughn, D. E. Ogburn y C. A. Conlee (ed.), *Foundations of Power in the Preceramic Andes*, 37-52, Archaeological Papers of the American Anthropological Association, Number 14, American Anthropological Association, Washington, D.C.

Annual Papers of the Anthropological Institute Vol.2 (2012)

Hardoy, J. E.

1999 *Ciudades Precolombinas*, Ediciones Infinito, Buenos Aires.

Hayden, B.

2001 Fabulous Feasts: A Prolegomenon to the Importance of Feasting, en: M. Dietler y B. Hayden (ed.), *Feasts: Archaeological and Ethnographic Perspectives on Food, Politics, and Power*, 23-64, Smithsonian Institution Press, Washington, D.C.

Heyerdahl, T., D. H. Sandweiss y A. Narváez

1995 *Pyramids of Túcume: The Quest for Perú's Forgotten City*, Thames and Hudson, London.

Hodder, I.

2006 *Çatal Hüyük: The Leopard's Tale*, Thames and Hudson, London.

2007 Çatal Hüyük in the Context of the Middle Eastern Neolithic, *Annual Review of Anthropology* 36, 105-120.

Hyslop, J.

1990 *Inka Settlement Planning*, University of Texas Press, Austin.

Isbell, W. H.

1988 City and State in Middle Horizon Wari, en: R. W. Keatinge (ed.), *Peruvian Prehistory*, 164-189, Cambridge University Press, Cambridge.

2001 Repensando el Horizonte Medio: el caso de Conchopata, Ayacucho, Perú, *Boletín de Arqueología PUCP* 4[2000], 9-68.

2004 Palaces and Politics of Huari, Tiwanaku and the Middle Horizon, en: S. T. Evans y J. Pillsbury (ed.), *Palaces of the Ancient New World*, 191-246, Dumbarton Oaks Research Library and Collection, Washington, D.C.

2006 Landscape of Power: A Network of Palaces in Middle Horizon Peru, en: J. J. Christie y P. J. Sarro (ed.), *Palaces and Power in the Americas: From Peru to the Northwest Coast*, 44-98, University of Texas Press, Austin.

2009 Huari: A New Direction in Central Andean Urban Evolution, en: L. R. Manzanilla y C. Chapdelaine (ed.), *Domestic Life in Prehispanic Capitals: A Study of Specilization, Hierarchy, and Ethnicity*, 197-219, The Museum of Anthropology, University of Michigan, Ann Arbor.

Isbell, W. H. y G. F. McEwan (ed.)

1991 *Huari Administrative Structure: Prehistoric Monumental Architecture and State Government*, Dumbarton Oaks Research Library and Collection, Washington, D.C.

Janusek, J. W.

2004 *Identity and Power in the Ancient Andes: Tiwanaku Cities through Time*, Routledge, New York and London.

2010 El surgimiento del urbanismo en Tiwanaku y del poder político en el altiplano andino, en: K. Makowski (ed.), *Señores de los Imperios del Sol*, 39-55, Banco de Crédito del Perú, Lima.

Kaulicke, P. y Y. Onuki (ed.)

2010 *El Periodo Formativo. Enfoques y Evidencias Recientes. Cincuenta Años de la Misión*

- Arqueológica Japonesa y Su Vigencia*, Boletín de Arqueología PUCP 12(2008)&13(2009), Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, Lima.
- Kemp, B.
1989 *Ancient Egypt: Anatomy of a Civilization*, Routledge, London.
- Kendall, A.
1985 *Aspects of Inca Architecture: Description, Function and Chronology*, BAR International Series 242, Oxford.
- Kolata, A. L.
1982 Chronology and Settlement Growth of Chan Chan, en: M. E. Moseley y K. C. Day (ed.), *Chan Chan: Andean Desert City*, 67-85, University of New Mexico Press, Albuquerque.
1990 The Urban Concept of Chan Chan, en: M. E. Moseley y A. Cordy-Collins (ed.), *The Northern Dynasties: Kingship and Statecraft in Chimor*, 107-144, Dumbarton Oaks Library and Collection, Washington, D.C.
1997 Of Kings and Capitals: Principles of Authority and the Nature of Cities in the Native Andean State, en: D. L. Nichols y T. H. Charlton (ed.), *The Archaeology of City-States: Cross-Cultural Approaches*, 245-254, Smithsonian Institution Press, Washington and London.
- Liverani, M.
2006 *Uruk: The First City*, Equinox, London.
- Llanos, O.
2009 *Le Bassin du Rio Grande de Nazca, Pérou, Archéologie d'un État Andin, 200 av. J.C.-650 ap. J.C.*, BAR International Series 1990, Archeopress, Oxford.
- López-Hurtado, E.
2010 Pachacamac y Panquilma: relaciones de poder en la costa central durante los periodos tardíos, en: R. Romero Velarde y T. Pavel Svendsen (ed.), *Arqueología en el Perú: Nuevos Aportes para el Estudio de las Sociedades Andinas Prehispánicas*, 311-326, Facultad de Humanidades, Universidad Nacional Federico Villarreal/Anhep Impresiones, Lima.
2011 *Ideology and the Development of Social Power at the Site of Panquilma, Peruvian Central Coast.*, Ph.D. Dissertation, Department of Anthropology, University of Pittsburgh, Pittsburgh.
- López-Hurtado, E. y J. Nesbitt
2010 Provincial Religious Centers in the Inka Empire: Propagators of Official Ideology or Spaces for Local Resistance?, en: R. E. Cutright, E. López-Hurtado y A. J. Martin (ed.), *Comparative Perspectives on the Archaeology of Coastal South America*, 213 - 230, Center for Comparative Archaeology, Department of Anthropology, University of Pittsburgh/Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Peru/Ministerio de Cultura de Ecuador, Pittsburgh/Lima/Quito.
- Lumbreras, L. G.

Annual Papers of the Anthropological Institute Vol.2 (2012)

- 1974 *The Peoples and Cultures of Ancient Peru*, Smithsonian Institution Press, City of Washington.
- 1975 *Las Fundaciones de Huamanga*, Editorial Nueva Edición, Lima.
- 1987 Childe and the Urban Revolution: The Central Andean Experience, en: L. R. Manzanilla (ed.), *Studies in the Neolithic and Urban Revolution: The Gordon V. Childe Colloquium, Mexico, 1986*, 327-344, BAR International Series 349, London.
- 2006 Un Formativo sin cerámica y cerámica preformativa, *Estudios Atacameños* 32, 11-34.
Mackey, C.
- 2006 Elite Residences at Farfán: A Comparison of the Chimú and Inka Occupations in, en: J. J. Christie y P. J. Sarro (ed.), *Palaces and Power in the Americas: From Peru to the Northwest Coast*, 323-352, University of Texas Press, Austin.
- Makowski, K.
- 1996 La ciudad y el origen de la civilización en los Andes, *Cuadernos de la Facultad de Letras y Ciencias Humanas* 15, 63-88.
- 1999 Las primeras civilizaciones en los Andes, en: *Tesoros del Perú Antiguo*, 19-49, Publicaciones Obra Social y Cultural Caja Sur, Córdoba.
- 2000 El síndrome de Catal Hüyük: observaciones sobre las tendencias aglomerativas tempranas, *Arqueología y Sociedad* 13, 99-119.
- 2002 Il fenómeno dell'urbanizzazione: la nascita e lo sviluppo delle città in America Meridionale, en: *Il Mondo dell'Archaeologia. Vol. I, s.v.*, Istituto della Enciclopedia Italiana, Roma.
- 2004 Arquitectura, estilo e identidad en el Horizonte Tardío: el sitio de Pueblo Viejo-Pucará, valle de Lurín, *Boletín de Arqueología PUCP* 6[2002], 137-170.
- 2005a La religión de las altas culturas de la costa del Perú prehispánico, en: M. M. Marzal (ed.), *Religiones Andinas*, 39-88, Editorial Trotta, Madrid.
- 2005b Deificación frente a la ancestralización del gobernante en el Perú prehispánico: Sipán y Paracas, en: *Arqueología, Geografía a Historia: Aportes Peruanos en el 50° Congreso de Americanistas, Varsovia, Polonia 2000*, 39-80, Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú/PromPerú, Lima.
- 2006a Prehispanic Societies of the Central Andes, en: K. Makowski, A. Rosenzweig y M. J. Jiménez (ed.), *Weaving for the Afterlife: Peruvian Textiles from the Maiman Collection, Vol. II*, 13-65, AMPAL/MERHAV Group of Companies, Tel Aviv.
- 2006b Late Prehispanic Styles and Cultures of the Peruvian North Coast: Lambayeque, Chimú, Casma, en: K. Makowski, A. Rosenzweig y M. J. Jiménez (ed.), *Weaving for the Afterlife: Peruvian Textiles from the Maiman Collection, Vol. II*, 103-138, AMPAL/MERHAV Group of Companies, Tel Aviv.
- 2008a Andean Urbanism, en: H. Silverman y W. H. Isbell (ed.), *Handbook of South American Archaeology*, 633-657, Springer, New York.
- 2008b La arquitectura pública del Período Prececerámico Tardío y el reto conceptual del urbanismo andino, *Boletín de Arqueología PUCP* 10[2006], 167-199.

- 2010 Los hombres guerreros, las mujeres alfareras: cambios sociales tras el ocaso de Chavín, en: K. Makowski (ed.), *Señores de los Imperios del Sol*, 3-19, Banco de Crédito del Perú, Lima.
- Makowski, K. (ed.)
- 2006 *Proyecto Arqueológico-Taller de Campo “Lomas de Lurín” PATL (antes Tablada de Lurín)*, Informe de la temporada de trabajo 2005/2006, Instituto Nacional de Cultura, Lima.
- 2008 *Proyecto Arqueológico-Taller de Campo “Lomas de Lurín” PATL (antes Tablada de Lurín). Informe de la Temporada de Trabajo 2007/2008*, Instituto Nacional de Cultura, Lima.
- 2010 *Programa Arqueológico-Escuela de Campo “Valle de Pachacamac” PATL (antes Tablada de Lurín, Valle de Lurín). Informe de la Temporada de Trabajo 2009/2010*, Instituto Nacional de Cultura, Lima.
- 2011 *Programa Arqueológico-Escuela de Campo “Valle de Pachacamac” PATL (antes Tablada de Lurín, Valle de Lurín). Informe de la Temporada de Trabajo 2010/2011*, Ministerio de Cultura, Lima.
- Makowski, K., M. F. Córdova, P. Habetler y M. Lizárraga
- 2008a La plaza y la fiesta: reflexiones acerca de la función de los patios en la arquitectura pública prehispánica de los periodos tardíos, *Boletín de Arqueología PUCP* 9[2005], 297-333.
- Makowski, K., I. Ghezzi, D. Guerrero, H. Neff, M. Jimenez, G. Oré y R. Alvarez-Calderón
- 2008b Pachacamac, Ychsma y los Caringas: estilos e identidades en el valle de Lurín Inca, en: O. Pinedo y H. Tantaleán (ed.), *Arqueología de la Costa Centro-Sur*, 267-316, Auqui Editores, Lima.
- Makowski, K. y C. Hernández
- 2010 Las casas de Sapa Inca, en: K. Makowski (ed.), *Señores de los Imperios del Sol*, 173-184, Banco de Crédito del Perú, Lima.
- Makowski, K. y C. L. N. Ruggles
- 2011 Watching the Sky from the Ushnu: The Sukanka-like Summit Temple in Pueblo Viejo-Pucará (Lurín Valley, Perú), en: C. L. N. Ruggles (ed.), *Archaeoastronomy and Ethnoastronomy: Building Bridges between Cultures*, 169-177, Cambridge University Press, Cambridge.
- Mann, M.
- 1986 *The Source of Social Power, Vol. 1: A History of Power from the Beginning to AD 1760*, Cambridge University Press, Cambridge.
- Marcus, J. y J. Sabloff (ed.)
- 2008 *The Ancient City: New Perspectives on Urbanism in the Old and New World*, SAR Press, Santa Fé.
- Massey, S. A.
- 1986 *Sociopolitical Change in the Upper Ica Valley, B.C. 400 to 400 A.D.: Regional State on*

the South Coast of Peru, Ph.D. Dissertation, Department of Anthropology, University of California, Los Angeles.

Matos, R.

1994 *Pumpu: Centro Administrativo Inka de la Puna de Junin*, Editorial Horizonte, Lima.

McEwan, G. F. (ed.)

2005 *Pikillacta: The Wari Empire in Cuzco*, University of Iowa Press, Iowa City.

Mellaart, J.

1967 *Çatal Hüyük: A Neolithic Town in Anatolia*, McGraw-Hill Book Company, New York.

Midant-Reynes, B.

2000 *The Prehistory of Egypt: From the First Egyptians to the First Pharaohs*, Blackwell, Oxford.

Mogrovejo, J. y K. Makowski

1999 Cajamarquilla y los Mega Niños en el pasado prehispánico, *Íconos: Revista Peruana de Arte, Conservación y Arqueología* 1, 46-57.

Mogrovejo, J. y R. Segura

2001 El Horizonte Medio en el conjunto arquitectónico Julio C. Tello de Cajamarquilla, *Boletín de Arqueología PUCP* 4[2000], 565-582.

Moore, J. D. y C. Mackey

2008 The Chimí Empire, en: H. Silverman y W. H. Isbell (ed.), *Handbook of South American Archaeology*, 783-808, Springer, New York.

Morris, C.

1972 State Settlements in Tawantinsuyu: A Strategy of Compulsory Urbanism, en: M. P. Leone (ed.), *Contemporary Archaeology: A Guide to Theory and Contributions*, 393-401, Southern Illinois University Press, Carbondale.

Morris, C. y D. E. Thompson

1985 *Huánuco Pampa: An Inca City and Its Hinterland*, Thames and Hudson, London.

Moseley, M. E.

1975 *The Maritime Foundation of Andean Civilization*, Cummings, Menlo Park.

1985 The Exploration and Explanation of Early Monumental Architecture in the Andes, en: C. B. Donnan (ed.), *Early Ceremonial Architecture in the Andes*, 29-58, Dumbarton Oaks Research Library and Collection, Washington, D.C.

Moseley, M. E. y A. Cordy-Collins (ed.)

1990 *The Northern Dynasties: Kingship and Statecraft in Chimor*, Dumbarton Oaks Research Library and Collection, Washington, D.C.

Moseley, M. E. y K. C. Day (ed.)

1982 *Chan Chan: Andean Desert City*, University of New Mexico Press, Albuquerque.

Narváez Luna, J. J.

2006 *Sociedades de la Antigua Ciudad de Cajamarquilla: Investigaciones Arqueológicas en el Sector XI del Conjunto Tello y un Estudio de la Colección Tardía del Conjunto Sestieri*, Avqi Eds., Lima.

- Nash, D. J. y P. R. Williams
2005 Architecture and Power on the Wari-Tiwanaku Frontier, en: K. J. Vaughn, D. Ogburn y C. A. Conlee (ed.), *Foundations of Power in the Prehispanic Andes*, 151-174, American Anthropological Association, Washington, D.C.
- Neely, J. A. y H. T. Wright
1994 *Early Settlement and Irrigation on the Deh Luran Plain: Village and Early State Societies in Southwestern Iran*, Museum of Anthropology, University of Michigan, Ann Arbor.
- Ochatoma, J. y M. Cabrera
2010 Los espacios de poder y el culto de los ancestros en el Imperio Huari, en: K. Makowski (ed.), *Señores de los Imperios del Sol*, 129-141, Banco de Crédito del Perú, Lima.
- Onuki, Y. (ed.)
1995 *Kuntur Wasi y Cerro Blanco: Dos Sitios del Formativo en el Norte del Perú*, Hokusen-Sha, Tokyo.
- Orefici, G. (ed.)
2009 *Nasca: The Desert of the Cahuachi Divinities*, Graph Ediciones, Lima.
- Paredes, P.
1985 La huaca pintada o el templo de Pachacamac, *Boletín de Lima* 41, 70-84.
1988 Pachacamac – Pirámide con rampa n° 2, *Boletín de Lima* 55, 41-58.
- Patterson, T. C.
1966 *Pattern and Process in the Early Intermediate Period Pottery of the Central Coast of Peru*, University of California Publications in Anthropology 3, University of California, Berkeley.
- Patterson, T. C., J. P. MaCarthy y R. A. Dunn
1982 Politics in the Lurin Valley Peru, during the Early Intermediate Period, *Ñawpa Pacha* 20, 61-82.
- Pavel Svendsen, T.
2011 *La Presencia Inca en las Pirámides con Rampa de Pachacamac: Una Propuesta para Su Cronología y Función desde la Perspectiva de Cerámica*, MA thesis, Programa de Estudios Andinos. Escuela de Graduados PUCP, Lima.
- Peters, A. H.
1987-88 Chongos: sitio Paracas en el valle de Pisco, *Gaceta Arqueológica Andina* 16, 30-34.
- Pillsbury, J.
2004 The Concept of the Palace in the Andes, en: S. T. Evans y J. Pillsbury (ed.), *Palaces of the Ancient New World*, 181-190, *Dumbarton Oaks Research Library and Collection*, Washington, D.C.
- Pillsbury, J. y B. L. Leonard
2004 Identifying Chimú Palaces: Elite Residential Architecture in the Late Intermediate Period, en: S. T. Evans y J. Pillsbury (ed.), *Palaces of the Ancient New World*, 247-297, *Dumbarton Oaks Research Library and Collection*, Washington, D.C.

Pino Matos, J. L.

2010 *El Ushnu Inca de Huánuco Pampa: Organización Espacial, Arquitectura y Uso Ceremonial*, M.A. thesis, Programa de Estudios Andinos, Escuela de Graduados PUCP, Lima.

Pozorski, S. y T. Pozorski

1987 *Early Settlement and Subsistence in the Casma Valley, Peru*, University of Iowa Press, Iowa City.

1991 Storage, Access, Control and Bureaucratic Proliferation: Understanding the Initial Period (1800-900 B.C.) Economy at Pampa de las Llamas-Moxeke, Casma Valley, Peru, *Research in Economic Anthropology* 13, 341-371.

1994 Early Andean Cities, *Scientific American* 270 (6), 46-51.

Ramazzotti, M.

2002 La «Rivoluzione urbana» nella Mesopotamia meridionale: Replica versus processo, *Atti della Accademia Nazionale dei Lincei. Classe di Scienze Morali, Storiche e Filologiche, Rendiconti* 13 (4), 641-752.

2003 Modeli insedimentali alle soglie del protodinastico in Mesopotamia Meridionale, Centrale e Nord-Orientale. Apunti per una critica alla formazione «secondaria» degli stati nel III milenio a.C., en: *Contributi e Materiali di Archeologia Orientale IX*, 15-71, Dipartimento di Scienze Storiche, Archeologiche e Antropologiche dell'Antichità, Università degli Studi di Roma «La Sapienza», Roma.

Ramos, J. y P. Paredes

2010 Excavaciones en la segunda muralla – sector Puente Lurín: correlación estratigráfica de los estilos cerámicos durante el Horizonte Tardío en el santuario de Pachacamac, *Bulletin de l'Institut Français d'Études Andines* 39 (1), 105-166.

Rappaport, R. E.

1999 *Ritual and Religion in the Making of Humanity*, Cambridge University Press, Cambridge.

Ravines, R.

n.d. *Pachacamac: Santuario Universal*, Los Pinos, Lima.

Rostworowski, M.

1983 *Estructuras Andinas del Poder*, Instituto de Estudios Peruanos, Lima.

1992 *Pachacamac y el Señor de los Milagros: Una Trayectoria Milenaria*, Instituto de Estudios Peruanos, Lima.

Rothman, M. S.

2004 Studying the Development of Complex Society: Mesopotamia in the Late Fifth and Fourth Millennia B.C., *Journal of Archaeological Research* 12 (1), 75-119.

Rothman, M. S. (ed.)

2001 *Uruk, Mesopotamia and Its Neighbors: Cross-Cultural Interactions in the Era of State Formation*, School of American Research Press/James Currey, Santa Fe/Oxford.

Rowe, J. H.

1963 Urban Settlements in Ancient Peru, *Ñawpa Pacha* 1, 1-28.

- 1967 What Kind of a Settlement Was Inka Cuzco?, *Ñawpa Pacha* 5, 59-76.
- Ruiz, A., W. Creamer y J. Haas
- 2007 *Investigaciones Arqueológicas en los Sitios de Arcaico Tardío (3000 a 1800 Años a.C.) del Valle de Pativilca, Perú.*, Instituto Cultural del Norte Chico, Barranca.
- Sakai, M.
- 1998 *Reyes, Estrellas y Cerros en Chimor: El Proceso de Cambio de la Organización Espacial y Temporal en Chan Chan*, Editorial Horizonte, Lima.
- Schaedel, R. P.
- 1966 Incipient Urbanization and Secularization in Tiahuanacoid Perú, *American Antiquity* 31 (3), 338-344.
- 1978 The City and the Origin of the State in America, en: R. P. Schaedel, J. E. Hardoy y N. S. Kinzer (ed.), *Urbanization in the Americas from Its Beginnings to the Present*, 31-49, Mouton, The Hague.
- 1980a The Growth of Cities and the Origins of Complex Societies in the New World, en: R. P. Schaedel (ed.), *Origins of Cities and Complex Societies in the Americas: A Brief Reader*, 1-9, Latin American Institute, Berlín.
- 1980b The Commonality in Processual Trends in the Urbanization Process: Urbanization and the Redistributive Function in the Central Andes, en: R. P. Schaedel (ed.), *Origins of Cities and Complex Societies in the Americas: A Brief Reader*, 10-24, Latin American Institute, Berlín.
- Schmidt, K.
- 2009 Göbekli Tepe: santuarios de la Edad de Piedra en la Alta Mesopotamia, *Boletín de Arqueología PUCP* 11[2007], 263-287.
- Schreiber, K. J.
- 1992 *Wari Imperialism in Middle Horizon Peru*, Museum of Anthropology, University of Michigan, Ann Arbor.
- Schreiber, K. J. y M. J. Edwards
- 2010 Los centros administrativos huari y las manifestaciones físicas del poder imperial, en: K. Makowski (ed.), *Señores de los Imperios del Sol*, 153-161, Banco de Crédito del Perú, Lima.
- Seidlmayer, S.
- 1996 Town and State in the Early Old Kingdom: A View from Elephantine, en: J. Spencer (ed.), *Aspects of Early Egypt*, 108-127, British Museum Press, London.
- 2009 El origen del estado en el antiguo Egipto, *Boletín de Arqueología PUCP* 11[2007], 325-352.
- Service, E. R.
- 1975 *Origins of the State and Civilization*, W. W. Norton, New York.
- Shady, R.
- 2000 Los orígenes de la civilización y la formación del estado en el Perú: las evidencias de Caral-Supe (primera parte), *Boletín del Museo de Arqueología y Antropología* 13, 2-7.

- 2003a Los orígenes de la civilización y la formación del estado en el Perú: las evidencias arqueológicas de Caral-Supe, en: R. Shady y C. Leyva (ed.), *La Ciudad Sagrada de Caral-Supe: Los Orígenes de la Civilización Andina y la Formación del Estado Prístino en el Antiguo Perú*, 93-122, Instituto Nacional de Cultura/Proyecto Especial Arqueológico Caral-Supe, Lima.
- 2003b Caral-Supe y la costa norcentral del Perú: la cuna de la civilización y la formación del estado prístino, en: R. Shady y C. Leyva (ed.), *La Ciudad Sagrada de Caral-Supe: Los Orígenes de la Civilización Andina y la Formación del Estado Prístino en el Antiguo Perú*, 139-167, Instituto Nacional de Cultura/Proyecto Especial Arqueológico Caral-Supe, Lima.
- 2006 America's First City?: The Case of Late Archaic Caral, en: W. H. Isbell y H. Silverman (ed.), *Andean Archaeology III. North and South*, 29-66, Springer, New York.
- 2008 La civilización Caral: sistema social y manejo del territorio y sus recursos. Su trascendencia en el proceso cultural andino, *Boletín de Arqueología PUCP* 10(2006), 59-89.
- Shady, R., C. Dolorier, F. Montesinos y L. Casas
- 2003 Los orígenes de la civilización en el Perú: el área nor-central y el valle de Supe durante el Arcaico Tardío, en: R. Shady y C. Leyva (ed.), *La Ciudad Sagrada de Caral-Supe: Los Orígenes de la Civilización Andina y la Formación del Estado Prístino en el Antiguo Perú*, 51-91, Instituto Nacional de Cultura/Proyecto Especial Arqueológico Caral-Supe, Lima.
- Shady, R., J. Haas y W. Creamer
- 2001 Dating Caral, a Pre-ceramic Site in the Supe Valley on the Central Coast of Peru, *Science* 292, 723-726.
- Shady, R. y C. Leyva (ed.)
- 2003 *La Ciudad Sagrada de Caral-Supe: Los Orígenes de la Civilización Andina y la Formación del Estado Prístino en el Antiguo Perú*, Instituto Nacional de Cultura/Proyecto Especial Arqueológico Caral-Supe, Lima.
- Sherbondy, J.
- 1986 Los ceques: códigos de canales en el Cusco incaico, *Allpanchis* 27, 39-74.
- Sherratt, A.
- 1995 Instruments of Conversion?: The Role of Megaliths in the Mesolithic/Neolithic Transition in Northern Europe, *Oxford Journal of Archaeology* 14 (3), 245-260.
- Shimada, I.
- 1991 Pachacamac Archaeology: Retrospect and Prospect, en: *Pachacamac: A Reprint of the 1903 Edition by Max Uhle*, XV-LXVI, University Museum of Archaeology and Anthropology, University of Pennsylvania, Philadelphia.
- 1994 *Pampa Grande and the Mochica Culture*, University of Texas Press, Austin.
- 1995 *Cultura Sicán: Dios, Riqueza y Poder en la Costa Norte del Perú*, Banco Continental, Lima.

- 2007 Las prospecciones y excavaciones en Urpi Kocha y Urpi Wachaq: estudio preliminar, en: *Cuadernos de Investigación del Archivo Tello n°5. Arqueología de Pachacamac: Excavaciones en Urpi Kocha y Urpi Wachak*, 13-18, Museo de Arqueología y Antropología, Universidad Nacional Mayor de San Marcos, Lima.
- Shimada, I., R. Segura Llanos, M. Rostworowski de Diez Canseco y H. Watanabe
- 2004 Una nueva evaluación de la Plaza de los Peregrinos de Pachacamac: aportes de la primera temporada 2003 del Proyecto Arqueológico Pachacamac, *Bulletin de l'Institut Français d'Études Andines* 33 (3), 507-538.
- Silverman, H.
- 1993 *Cahuachi in the Ancient Nasca World*, University of Iowa Press, Iowa City.
- 2002 *Ancient Nasca Settlement and Society*, University of Iowa Press, Iowa City.
- 2009 Comparaciones y contrastes entre la costa sur y la costa central del Perú durante el Periodo Formativo, en: R. L. Burger y K. Makowski (ed.), *Arqueología del Periodo Formativo en la Cuenca Baja de Lurín*, 429-490, Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, Lima.
- Smith, M. L. (ed.)
- 2003 *The Social Construction of Ancient Cities*, Smithsonian Books, Washington, D.C.
- Southall, A.
- 1998 *The City in Time and Space*, Cambridge University Press, Cambridge.
- Stanish, C.
- 2003 *Ancient Titicaca: The Evolution of Complex Society in Southern Peru and Northern Bolivia*, University of California Press, Berkeley.
- Stein, G. J.
- 2001 Indigenous Social Complexity at Hacinebi, en: M. S. Rothman (ed.), *Mesopotamia and Its Neighbors: Cross-Cultural Interactions in the Era of State Formation*, 265-304, School of American Research Press/James Currey, Santa Fe/Oxford.
- Steinkeller, P.
- 2007 City and Countryside in Third-Millennium Southern Babylonian, en: E. C. Stone (ed.), *Settlement and Society: Essays Dedicated to Robert McCormick Adams*, 185-211, Cotsen Institute of Archaeology, University of California, Los Angeles.
- Steward, J. H., R. M. Adams, D. Collier, A. Palerm, K. A. Wittfogel y R. L. Beals
- 1955 *Irrigation Civilizations: A Comparative Study*, Pan American Union, Washington, D.C.
- Stone, E.
- 1997 City-States and Their Centers: The Mesopotamian Example, en: D. L. Nichols y T. H. Charlton (ed.), *The Archaeology of City-States: Cross-Cultural Approaches*, 15-26, Smithsonian Institution Press, Washington and London.
- 1999 The Constraints on State and Urban Form in Ancient Mesopotamia, en: M. Hudson y B. A. Levine (ed.), *Urbanization and Land Ownership in the Ancient Near East*, 203-270, Peabody Museum of Archaeology and Ethnology, Harvard University, Cambridge.
- Swenson, E. R.

Annual Papers of the Anthropological Institute Vol.2 (2012)

- 2003 Cities of Violence: Sacrifice, Power and Urbanization in the Andes, *Journal of Social Archaeology* 3 (2), 256-296.
- Tantaleán, H.
- 2010 *Ideología y Realidad en las Primeras Sociedades Sedentarias (1400 ANE – 350 DNE) de la Cuenca Norte del Titicaca, Perú*, BAR International Series 2150, Archaeopress, Gordon House, Oxford.
- Tellenbach, M.
- 1986 *Las Excavaciones en el Asentamiento Formativo de Montegrando, Valle de Jequetepeque en el Norte del Perú*, *Materiales zur Allgemeinen und Vergleichenden Archäologie* Band 39, Verlag C. M. Beck, Munich.
- Tello, J. C.
- 1960 *Guía de las Ruinas de Pachacamac*, Tipografía Peruana, Lima.
- Tello, J. C. y T. Mejía Xesspe
- 1979 *Paracas. Segunda Parte: Cavernas y Necrópolis*, Publicación Antropológica del Archivo J. C. Tello de la U.N.M.S.M., Lima.
- Tilley, C.
- 1994 *A Phenomenology of Landscape: Places, Paths and Monuments*, Berg, Oxford.
- 2004 *The Materiality of Stone: Explorations in Landscape Phenomenology*, Berg, Oxford/New York.
- Topic, J. R.
- 1990 Craft Production in the Kingdom of Chimor, en: M. E. Moseley y A. Cordy-Collins (ed.), *The Northern Dynasties: Kingship and Statecraft in Chimor*, 145-176, *Dumbarton Oaks Library and Collection*, Washington, D.C.
- 1991 Huari and Huamachuco, en: W. H. Isbell y G. F. McEwan (ed.), *Huari Administrative Structure: Prehistoric Monumental Architecture and State Government*, 141-164, *Dumbarton Oaks Research Library and Collection*, Washington, D.C.
- Topic, J. R. y M. E. Moseley
- 1983 Chan Chan: A Case Study in Urban Change in Peru, *Ñawpa Pacha* 21, 153-182.
- Topic, J. R. y T. L. Topic
- 1997 Hacia una comprensión conceptual de la guerra andina, en: R. Varón Gabai y J. Flores Espinoza (ed.), *Arqueología, Antropología e Historia en los Andes: Homenaje a María Rostworowski*, 567-90, Instituto de Estudios Peruanos, Lima.
- 2001 Hacia la comprensión del fenómeno Huari: una perspectiva norteña, *Boletín de Arqueología PUCP* 4[2000], 181-217.
- Trigger, B. G.
- 1985 The Evolution of Pre-Industrial Cities: A Multilinear Perspective, en: F. Geus y F. Thill (ed.), *Mélanges Offerts à Jean Vercoutter*, 243-253, Editions Recherches sur les Civilizations, Paris.
- 1995 *Early Civilizations: Ancient Egypt in Context*, The American University in Cairo Press, Cairo.

- 2003 *Understanding Early Civilizations: A Comparative Study*, Cambridge University Press, Cambridge.
- Tschauner, H.
- 2003 Honco Pampa: arquitectura del élite del Horizonte Medio en el Callejón de Huaylas, en: B. Ibarra Asencios (ed.), *Arqueología de la Sierra de Ancash: Propuestas y Perspectivas*, 191-220, Instituto Cultural Runa, Lima.
- Uhle, M.
- 2003 *Pachacamac: Informe de la Expedición Peruana William Pepper de 1896*, Universidad Nacional Mayor de San Marcos/Cooperación Financiera de Desarrollo, Lima.
- Ur, J.
- 2010 Cycles of Civilization in Northern Mesopotamia, 4400–2000 BC, *Journal of Archaeological Research* 18 (4), 387-431.
- Uzawa, K.
- 2010 La difusión de camélidos domesticados en el norte del Perú durante el Periodo Formativo, *Boletín de Arqueología PUCP* 12[2008], 249-260.
- Vallejo, F.
- 2004 El estilo Ychsma, características generales, secuencia y distribución geográfica, *Bulletin de l'Institut Français d'Études Andines* 33 (3), 595-642.
- van de Mierop, M.
- 1997 *The Ancient Mesopotamian City*, Oxford University Press, New York.
- Vega-Centeno, R.
- 2004 Arquitectura pública del Arcaico Tardío en el valle de Fortaleza: reflexiones sobre las sociedades complejas tempranas en la sierra norcentral, *Arqueología y Sociedad* 15, 29-56.
- 2008a Consumo y ritual en la construcción de espacios públicos para el Periodo Arcaico Tardío: el caso de Cerro Lampay, *Boletín de Arqueología PUCP* 9[2005], 91-121.
- 2008b El estudio de complejidad social en el Periodo Arcaico Tardío de la costa norcentral del Perú, *Boletín de Arqueología PUCP* 10[2006], 37-58.
- 2010 Cerro Lampay y el Arcaico Tardío de la costa norcentral, en: R. Romero Velarde y T. Pavel Svendsen (ed.), *Arqueología en el Perú: Nuevos Aportes para el Estudio de las Sociedades Andinas Prehispánicas*, 1-12, Facultad de Humanidades, Universidad Nacional Federico Villarreal/Anheb Impresiones, Lima.
- Vermeulen, F. y M. de Dapper
- 2000 *Geoarchaeology of the Landscapes of Classical Antiquity / Geo-Archéologie des Paysages de l'Antiquité Classique*, Babesch Supplementa 5, Peeters Publ., Leuven.
- Villacorta, L. F.
- 2004 Los palacios en la costa central durante los Periodos Tardíos: de Pachacamac al Inca, *Bulletin de l'Institut Français d'Études Andines* 33 (3), 539-570.
- 2010 Palacios yungas y racionalidad andina en la costa central prehispánica, en: K. Makowski (ed.), *Señores de los Imperios del Sol*, Banco de Crédito del Perú, Lima.

Annual Papers of the Anthropological Institute Vol.2 (2012)

von Hagen, A. y C. Morris

1998 *The Cities of the Ancient Andes*, Thames and Hudson, London.

Vranich, A.

2006 Construction and Reconstruction of Ritual Space at Tiwanaku, Bolivia (A.D. 500-1000), *Journal of Field Archaeology* 31 (2), 121-136.

2009 The Development of the Ritual Core of Tiwanaku, en: M. Young-Sánchez (ed.), *Tiwanaku: Papers from the 2005 Mayer Center Symposium at the Denver Art Museum*, 11-34, The Mayer Center for Pre-Columbian & Spanish Colonial Art at the Denver Art Museum, Denver.

Ward-Perkins, J. B.

1974 *Cities of Ancient Greece and Italy: Planning in Classical Antiquity*, George Braziller, New York.

Wason, P. K.

1994 *The Archaeology of Rank*, Cambridge University Press, Cambridge.

Wilkinson, T. A. H.

1996 *State Formation in Egypt: Chronology and Society*, BAR International Series 651. Cambridge Monographs in African Archaeology 40, Tempus Reparatum, Oxford.

2001 *Early Dynastic Egypt*, Routledge, London/New York.

Wilkinson, T. J.

2000 Regional Approaches to Mesopotamian Archaeology: The Contribution of Archaeological Surveys, *Journal of Archaeological Research* 8 (3), 219-267.

2003 Archaeological Survey and Long-Term Population Trends in Upper Mesopotamia and Iran, en: N. F. Miller y K. Abdi (ed.), *Yeki Bud, Yeki Nabud: Essays on the Archaeology of Iran in Honor of William M. Sumner*, 9-51, Cotsen Institute of Archaeology, University of California, Los Angeles.

Willey, G. R.

1953 *Prehistoric Settlements Patterns in the Virú Valley, Peru*, Bureau of American Ethnology, Bulletin 135, Smithsonian Institution, Washington, D.C.

Williams, C. L.

2001 Urbanismo, arquitectura y construcción en los waris: un ensayo explicativo, en: L. Millones (ed.), *Wari: Arte Precolombino Peruano*, 59-98, Fundación El Monte, Sevilla.

Williams, P. R., D. J. Nash, M. E. Moseley, S. DeFrance, M. Ruales, A. Miranda y D. Goldstein

2008 Los encuentros y las bases para la administración política wari, *Boletín de Arqueología PUCP* 9[2005], 207-232.

Wilson, D. J.

1988 *Prehistoric Settlement in the Lower Santa Valley, Peru*, Smithsonian Institution Press, Washington, D.C.

1997 Early State Formation on the North Coast of Peru: A Critique of the City-State Model, en: D. L. Nichols y T. H. Charlton (ed.), *The Archaeology of City-States: Cross-Cultural Approaches*, 229-244, Smithsonian Institution Press, Washington and London.

- Wolf, E. R.
1982 *Europe and the People without History*, University of California Press, Berkeley.
- Yoffee, N.
2005 *Myths of the Archaic State: Evolution of the Earliest Cities, States, and Civilizations*, Cambridge University Press, Cambridge.
- Ziegler, G. R. y J. McKim Melville
2011 Topa Inca's Machu Picchu: A Royal Estate and Ceremonial Center, en: C. L. N. Ruggles (ed.), *Archaeoastronomy and Ethnoastronomy: Building Bridges between Cultures*, 162-168, Cambridge University Press, Cambridge.
- Ziółkowski, M. S. y R. Sadowski
1992 *La Arqueoastronomía en la Investigación de las Culturas Andinas*, Instituto Otavaleño de Antropología, Quito.
- Ziółkowski, M. S. y R. M. Sadowski (ed.)
1989 *Time and Calendars in the Inca Empire*, BAR International Series 479, Archeopress, Oxford.
- Zuidema, R. T.
2010 *El Calendario Inca: Tiempo y Espacio en la Organización. La Idea del Pasado*, Fondo Editorial del Congreso del Perú/Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, Lima.